EL POSTRER TIEMPO

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

por Celestino Sanz

EL POSTRER TIEMPO

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

por C. Sanz

EL POSTRER TIEMPO
Aparecido en la revista *Vida Cristiana,* 1969.

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO
Publicado por el autor, Celestino Sanz Catalán
C/ Doctor Gimbernat, nº 42
SABADELL (Vallès Occ.)
Primera edición 1977

Maquetación y presentación electrónica:
SEDIN • Servicio Evangélico de Documentación e Información
Apartado 2002 • 08200 SABADELL (Barcelona) ESPAÑA

Pie de Imprenta de la primera edición
Imprenta Salvadó - Vallirana, 60 - Barcelona
Depósito Legal: B. 28406-1977

Printed in Spain

EL POSTRER TIEMPO



MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

Tres coloquios en relación con Apocalipsis, Caps. 2 y 3.

ÍNDICE

EL POSTRER TIEMPO

«Los que temen a Jehová hablaron cada uno a su compañero» (Mal 3:16).

«...Confesaba al Señor, y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención» (Lc 2:38).

[Citas conformes a la versión Reina-Valera 1909.]

Eran cuatro peregrinos que tenían un sello común: el Espíritu Santo. Eran hijos de Dios.

«En el postrer tiempo en que los burladores andan según sus malvados deseos» (Jud 18); «En los tiempos peligrosos y malos de los postreros días» (2 Ti 3:1), tenían la costumbre de reunirse en casa de uno de ellos: el matrimonio Reguant.

Juan Reguant era empleado de categoría media en un trabajo burocrático. Hombre de espíritu lúcido, había sacrificado su progreso profesional por amor de Cristo y la Asamblea, y había conformado su vida a un trabajo que no absorbiera sus facultades, porque para él su profesión estaba condicionada al problema vital cotidiano. Experimentado en su juventud azarosa por tantas calamidades que circunstancialmente le alcanzaron, e intuyendo que el mundo estaba abocado al juicio, «echó mano de la vida eterna, recibiendo el testimonio de Dios, tocante a su Hijo Jesucristo» (1 Jn 5:11).

En Lidia Serra halló «la mujer virtuosa, que fue su corona» (Pr 12:4); esposa en la que «halló el bien y alcanzó la be-

nevolencia de Jehová» (Pr 18:22); mujer fuerte «en quien su corazón pudo confiarse» (Pr 31:11). Cual Aquila y Priscila —salvadas las diferencias— (eso sólo Dios lo sabe), vivieron una vida de comunión y consagración al Señor y al servicio de los santos. Cristianos genuinos, habían educado a sus hijos en el temor del Señor (Pr 22:6), y bendecidos en esta primordial tarea alcanzaron el gozo de Hechos 16:31, viendo cómo estos tomaban su lugar en el testimonio, y se alineaban como compañeros de peregrinación. Maduros de años y de experiencia, amantes de la hospitalidad, su casa era como el hogar de Betania, donde el Señor podía presentarse a toda hora. Todo estaba en orden. La Palabra tenía para ellos alta estima, y aquellos que habitualmente se ocupaban al final de la jornada (porque eran todos de aquellos que «trabajando con reposo comían su pan») en la hermosura de la patria ansiada y en la gloria del Rey de esta patria, nunca salían vacíos, habiendo escogido como María a los pies del Señor, la buena parte.

Ricardo Graells y Pedro Roura eran los otros. El primero rondando la cuarentena, artesano apreciado, había conocido al Señor en los albores de su juventud. Vivía consagrado al servicio del Señor. Soltero —Cristo era su único amor (1 Co 7:32)—, siempre hallaba una ocasión de dirigirse a las almas fatigadas, de ofrecer un tratado y de interesar a quien fuera para la adquisición de una Biblia. En su ocupación profesional, cuando sus compañeros eran alcanzados por algunas de las tantas miserias en que los hombres se ven envueltos, aquel hombre bueno, paciente y servicial, siempre tenía a punto *una palabra sazonada con sal que daba gracia al oyente.* Cuando iba a la compra —pues él cuidaba de su vida—, era edificante, en este tiempo de indiferencia y tibiez, ver a Graells poner el fuego de la Palabra de Dios en las circunstancias de

todos y avivar el interés —tal vez pasajero, eso sí— de muchos *que por un poco de tiempo querían recrearse en la luz.* Pero él siempre sembraba… sembraba…

Roura era un hacendado *payés* —así llaman a los campesinos de la tierra catalana—. A Roura «la hacienda le había crecido mucho». Ya sabemos, diréis, lo que pudo haberle sucedido. Sí, pudo haberle pasado lo del hombre rico de Lucas 12; pero no le pasó. Hacía tiempo que había aprendido a no poner «la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo», y era rico «en buenas obras». ¿Había necesidades? Como buen administrador acudía presto y de esta forma actuaba, «atesorando para sí buen fundamento para lo por venir» (1 Ti 6:17-19).

Años atrás Reguant paseaba por el campo con su esposa y sus hijos, entonces pequeños. Una lluvia súbita de verano les sorprendió. La masía de Roura estaba allí y fueron acogidos con la proverbial llaneza de la gente del campo. Mientras que la lluvia cesaba hablaron de que algo que parece fútil hace cesar las obras de los hombres (Job 37:6-7), y Reguant, abriendo su Biblia, pidió permiso para leer unos pasajes. Hecho silencio, leyó todo el capítulo 37 de Job y el Salmo 104. Todos oyeron con interés aquellas cosas nuevas y sabias para ellos. Por medio de un chubasco exterior, Dios empezó a derramar lluvia de bendición en el corazón de aquellas personas. Nació una amistad, producto de la admiración que Roura sintió desde el instante en que Reguant, con la fuerza moral con que un hombre está impregnado cuando habla de parte de Dios, abrió su boca. ¿De dónde sacaba aquel hombre, aún joven, de presencia agradable, pero tan sencillo de maneras, semejante persuasión que a él, acostumbrado como estaba al mundo de los negocios y al trato de las gentes, y tan grabado con el sello de un tradicionalismo a ultranza, le atraía tan

irresistiblemente? El viento de Dios soplaba y al cabo del tiempo aquel hombre dejó todo el pasado de las convenciones sociales, y en un medio ambiente sorprendido al principio y hostil a la postre, siendo «nacido del Espíritu» (Jn 3:8), «puso su mano en el arado sin mirar atrás» (Lc 9:62). Su esposa y demás familia dejaron a Roura solo… con el Señor.

¡Qué vida! ¡Qué luchas! ¡Qué desesperanzas! Pero Dios tenía a Reguant y a su esposa para consolar y animar al soldado vacilante, y así fueron estableciéndose las fuerzas en su corazón; «se corroboró en fortaleza en su hombre interior» e «hizo más que vencer por medio del que le amó». Empleando la paciencia, la mansedumbre y reflejando en su vida el carácter moral de su Maestro, fue ganando poco a poco a casi todos los que de una forma u otra estaban bajo la esfera de su influencia familiar y social, y en aquella casa, a la postre, hubo fruto para Dios.

Los cuatro peregrinaban en Vilargent, ciudad ni grande ni pequeña, de la que sus habitantes estaban orgullosos. Bien equilibrada, como tantas otras ciudades del país, la industria y la agricultura se repartían el esfuerzo, y el comercio vivía una época floreciente. Dotada de estamentos sólidos y respetables, y obras sociales firmemente establecidas, nada faltaba para que se vanagloriaran de «paz y seguridad». De vida religiosa bien cuidada, la conciencia hallaba amplio campo de propia satisfacción.

Unos pocos, sin embargo, discordaban, hablaban de «la ira venidera», de que «si no se arrepentían, todos perecerían igualmente», y hasta se atrevían a decir que «no había justo, ni aun uno». ¡Como si en este mundo la bondad no existiera! En sus ideas *filosóficas* decían que «la justicia de uno justificaba a los muchos». En fin, cosas peregrinas. Molestaban la vida tranquila de los ciudadanos; fustigaban la conciencia de

los tales; ponían inquietud y zozobra en el corazón de muchos; cada palabra de molesta advertencia parecía un clavo de los que Noé clavaba en los tablones del arca. Entre ellos se llamaban «hermanos» como si los demás no lo fueran. En otro tiempo estas personas hubiesen sido desarraigadas de esta tierra, pues los jefes religiosos de Vilargent no les tenían simpatía. Pero, ahora, en nuestro mundo civilizado —y la ciudad era una muestra genuina de la civilización— la tolerancia, el respeto a las opiniones ajenas y la convivencia, no hubiesen permitido los errores pasados. Sí, eran aguijones para los más. Cierto que hablaban de amor, del amor de un Dios que «disimulaba los tiempos de la ignorancia de los hombres», pero esto era muy humillante; era una clase de amor poco menos que incomprensible para un ser racional. Con todo, «algunos se juntaron con ellos» (Hch 17:34), y hasta personas conocidas; pero eran una pequeña minoría. No contaban; podía tolerárseles. La ciudad y sus estamentos mostraban así una acrisolada benevolencia.

Pero no todos los ciudadanos opinaban igual en relación con nuestros amigos. Los había que confesaban abiertamente sentir simpatía por ellos a causa de su vida sencilla y ordenada, y por lo diligentes que se mostraban para ayudar a quien fuera, y la paciencia que tenían para sobrellevar «cualquier cosa». Algún osado se atrevía a decir: «son mejores que nosotros», pero a fin de cuentas era la opinión de algún excéntrico. Hay ideas muy peregrinas en este mundo. Hay gente que siempre ha de llevar la contraria. Los aguafiestas, esa es la palabra. Tiene que haber de todo.

He aquí la escena de actividad de nuestros amigos: Cristianos ejercitados, sabiendo que el testimonio han de rendirlo «fuera del real» (He 13:13) y que el cuerpo de Cristo es una realidad y no tan sólo una doctrina (1 Co 12), conscientes de

que eran miembros en parte, así vivían, creciendo «en aumento de cuerpo, edificándose en amor» (Ef 4:16).

Pero los años fueron pasando; y los peligros que el apóstol Pablo advirtiera tuvieron cumplimiento (Hch 20:27-31). Falta de celo y vigilancia por una parte, y un malentendido amor por otra, permitieron que «algunos hombres entraran encubiertamente convirtiendo la gracia de nuestro Dios en disolución» (Jud 4). Y el mal, haciendo progresos, suscitó a «hombres corruptos de entendimiento, que tomaban la piedad como fuente de ganancia» (1 Ti 6:5). Surgieron serios conflictos; los fieles tuvieron que sufrir en la brecha el oprobio de Cristo, y si perseveraron fue debido a que, «ayudados del auxilio de Dios» (Hch 26:22), tuvieron fuerza, y así, comprobando el estado de ruina que alcanzó al *testimonio*, se refugiaron «en Dios y en la Palabra de su gracia» (Hch 20:32); y en casa de Reguant, tienda de peregrino —sobria y honesta— se reunían para llorar, al igual que Jeremías, «por el oro oscurecido, por el buen oro demudado y por las piedras del santuario esparcidas por las encrucijadas de todas las calles» (Lm 4:1).

Yendo de tránsito y siendo casa conocida, allí los encontré una noche de tantas, en que mientras «la nación todavía robaba» o «sus palabras prevalecían contra Dios» o bien ambas cosas a la vez (Mal 3:9-13), ellos, temerosos de su Señor, «hablaban uno al otro». Testigo mudo de sus pláticas, tomé buena nota de lo que oí. No quiero guardar secreto de aquellas palabras que en el cielo quedaron registradas, pues son para «los que temen a Jehová y los que piensan en su nombre» (Mal 3:16).

Helas aquí: habían orado mucho con fervor y humillación, cual convenía al estado de ruina del pueblo de Dios. Entre otras cosas, leyeron en primer lugar el capítulo noveno

del profeta Daniel y todos fueron tomados de un largo y significativo silencio.

—Esto es —dijo al fin Graells—, así es nuestro estado; a qué fingir o disimular. Nuestro mal es común a cualquier época de ruina del pueblo de Dios.

—Sí, es cierto —terció Roura—; pero ¿somos todos responsables? O, cuando menos, ¿tenemos todos el mismo grado de responsabilidad?

—Como pueblo, todos llevamos la misma responsabilidad; somos un cuerpo, no podemos disociarnos ni de una parte del cuerpo, ni aún siquiera de un miembro muy pequeño. Se trata del juicio del pueblo en general.

»Es el gobierno de Dios. Mirad el caso de Josué y Caleb. Es impresionante. Ellos fueron fieles, pero tuvieron que sufrir los cuarenta años de peregrinación hasta que yacieron en el desierto los cuerpos de todos los murmuradores. Claro está que en la disciplina de Dios sobre su pueblo, no todas las circunstancias personales son las mismas, pues el Señor es justo. Existe la responsabilidad personal y ésta se acentúa cuanto más grande es la ruina, de tal manera que llega el momento en que, cuando el cuerpo general fracasa, el Señor se dirige al individuo, animándole a juzgar un estado que no es compatible con la santidad de Dios. Veamos, si no, la segunda carta a Timoteo; tomemos los capítulos dos y tres de Apocalipsis. «Que los padres comieron uvas agraces y los hijos tuvieron dentera» lo vemos en las Escrituras en cuanto a pueblo se refiere (Lm 5:7), pero individualmente cada cual llevará su propia responsabilidad (Jer 31:30). ¿No os parece así, hermanos?, preguntó Reguant después de haber respondido la pregunta de Roura.

—Tenemos que aceptarlo —respondió Roura a su vez—: «Lo insensato de Dios es más sabio que los hombres» (1 Co

1:25), pero, no sé, yo creo que hay miedo; miedo de todo y a todo. ¿Cómo hubiesen hecho frente al conflicto los conductores de otro tiempo? ¿Qué decir de un Moisés, un Josué, un Jefté, un David, un Gedeón, un Barac, un Samuel y los otros campeones de la fe, tal como los describe Hebreos 11? ¿Por qué el miedo? ¿Qué es el miedo? Quisiera saber las causas que lo producen y si estas causas son legítimas.

—Yo tengo miedo muchas veces, Dios mío, ¿qué pasará ahora? Tan felices que habíamos sido en otro tiempo... ¡Cuánta armonía, cuánta paz!, y ahora... —todos miraron a Lidia Serra. La esposa de Reguant hablaba poco; aquella vez sus breves observaciones iban acompañadas de serenas lágrimas, de dignas lágrimas de dolor. Los hermanos callaron conmovidos un momento—. Es cierto, pero el Señor nos animará. ¿No ha dicho acaso, «no se turbe vuestro corazón ni tenga miedo»? (Jn 14:27)

—¿Miedo? Todos lo sentimos —era Graells quien hablaba—; todos los hombres tienen miedo una vez u otra: miedos diferentes, producidos por diversas causas. Además, a veces es necesario tener miedo, o mejor dicho, tenemos miedo con razón.

»Ahora bien, analizar lo que es el miedo, sus causas y origen, etc. ..., yo creo que debemos meditar y el Señor nos responderá. Señor Reguant, hermano, usted está escuchando, pensativo y serio; las lágrimas legítimas de su esposa, la pregunta de nuestro hermano Roura, ¿le sugiere algo?

Reguant suspiró...; él era el mayor y sin duda el más experimentado. Los demás le consideraban. Era un hombre de vanguardia. El Diablo le hacía pagar cara su fidelidad al Maestro, pero sabía combatir, y cuando una brecha se abría en el muro, allí estaba «con toda la armadura de Dios» (Ef 6:11). ¿Miedo? Sí, él tenía experiencia también tocante al

miedo. Hay tantas cosas que parecen gravitar a nuestro alrededor… Era un fiel creyente, pero a veces había olvidado que en el santuario no se respira ninguna atmósfera de temor, «porque el perfecto amor lo echa fuera» (1 Jn 4:18).

Sus hermanos, pues, esperaban la explicación sencilla y clara que casi siempre se recomendaba a la mente y al corazón.

—Los hombres definen el miedo según las diversas esferas que ocupan —principió—; los juristas se han ocupado de ello y leyes fueron dictadas. Los religiosos también y, en sus códigos eclesiásticos admiten el miedo como eximente o atenuante. Otros dicen que, en moral pura, el miedo no puede justificar un acto ilícito; pero estas definiciones y sus remedios no creo que puedan sernos de mucho provecho.

»A nosotros, hermanos, nos interesa el enfoque de la Palabra de Dios; ella solucionará nuestro problema. Hombres de Dios fueron mordidos por este extraño sentimiento, por esta perturbación angustiosa, por este recelo o aprensión, pero la causa que produjo en su ánimo semejante estado estriba siempre en una circunstancia, sea interior o exterior. La primera vez que oímos hablar de él en la Palabra de Dios es en Génesis 3:10: Adán dijo: «… tuve miedo». Hasta entonces este sentimiento nunca se había manifestado y sin embargo existían las causas que él manifiesta. Adán estaba desnudo y no se avergonzaba. En la inocencia, su estado no le reprochaba de pecado, ni Dios se lo imputaba. Fue en la desobediencia que tuvo conciencia de su desnudez y tuvo miedo de comparecer ante Dios, por lo cual se escondió. Desde entonces, ésta ha sido siempre la trayectoria y la conducta del hombre: esconderse de Dios porque se sabe moralmente desnudo. Tiene miedo y con razón, porque el conocimiento del bien y del mal capacita para discernir cuál es el salario de los transgresores.

Reguant hizo una pausa y Roura intervino entonces.

—La obra de Cristo anuló la ruina de la humanidad caída; una nueva creación ha visto la luz, pues tenemos noticia y certeza manifiesta de la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, «el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la incorruptibilidad por el evangelio» (2 Ti 1:10). Él ha anulado el miedo, pues «ha librado a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre» (He 2:15), y en nuestra experiencia cristiana hemos oído y distinguido la voz de Aquel que en la adversidad de nuestro fatigoso bogar se ha dirigido a nosotros con las conocidas palabras de «alentaos, yo soy, no temáis» (Mr 6:50).

—¡Bendito sea Su Nombre que esto sea así! —asintieron todos unánimes.

—Sí, Roura —repuso Reguant—; estamos todos de acuerdo y nos anima el hecho de que Dios nos dé este reposo para el corazón fatigado; pero has inquirido sobre las causas y efectos del miedo, y tú mismo has confesado que existe. Deberíamos simplificar y partir de la base firme de que este miedo es una realidad que anida muchas veces en el corazón. Su origen, según se desprende de Génesis, por la confesión de Adán, se ha puesto de manifiesto a causa de la desobediencia. La desobediencia y el miedo son, pues, consustanciales en cierta medida, y cada uno de nosotros lo hemos experimentado —para vergüenza nuestra hemos de confesarlo. Pero hay otra naturaleza de miedo que engendra la falta de fe, y otra la desconfianza —ambas primas hermanas. Éstas son todavía más comunes entre nosotros. Si pudiésemos decir como el salmista: «aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo...» (Sal 23). Si pudiésemos contemplar el horno de fuego calentado siete veces más de lo que se solía, con la serena confianza y disposi-

ción de corazón de los tres compañeros de Daniel… (Dn 3:16) ¡qué gloria sería dada a nuestro Dios!

»Descendiendo al terreno de nuestras circunstancias, no podemos negar que amamos nuestra reputación. Ahora bien, reputación no quiere decir fidelidad, bien que a veces una cosa sea consecuencia de la otra. Dios permite el conflicto para manifestar lo profundo de los corazones. El bien y el mal están ante nosotros; la verdad y la mentira; la luz y las tinieblas; la justicia y la injusticia; Cristo y Belial, como dice la Escritura. Hay que tomar partido. No parece difícil, ¿verdad? Pero hay que luchar para no ser esclavizado, "para vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios".

»Veamos un caso muy patente: Pedro, el apóstol era un hombre libre en Cristo. Era la voz de sus hermanos al principio, distinguido por el Señor en tantos y tantos aspectos. Recibió las llaves del «reino de los cielos»; hizo uso de ellas amplia y generosamente, impulsado por el amor a Cristo y el poder del Espíritu Santo, ¡y con qué resultados! Los doce primeros capítulos de los Hechos, a excepción del paréntesis tocante al protomártir Esteban, nos ofrecen materia suficiente para considerar su personalidad y su ministerio. ¿Quién puede compararsele en la escena de Hechos 8 al 12? Parece ser que este hombre había superado el miedo. Cierto; no tenía miedo. En el libro de los Hechos todo su servicio está impregnado de una confiada audacia, hija de la fe, y una esperanza ciega en los propósitos del Señor. Poseía aquel equilibrio y tranquilidad del creyente que se sabe un instrumento en las manos del Maestro (veamos, por ejemplo, Hechos 12:6); pero en Gálatas, según el testimonio del Espíritu Santo por la pluma de Pablo, le hallamos en distinto estado de ánimo. ¡Pobre corazón humano!

»Aparentemente no tropezó en una gran piedra, pero su conducta, en caso de no ser reprimida, hubiese arruinado la obra de la libertad que el puro evangelio producía en Antioquía con tanta bendición.

»El osado Pedro, aquel que en Cesarea, en casa del centurión Cornelio dijo: "Vosotros sabéis que es abominable a un varón judío juntarse o allegarse a un extranjero; *mas me ha mostrado Dios* que a ningún hombre llamé común o inmundo" (Hch 10:28), en Antioquía se retraía de comer con sus hermanos en la fe originarios de las naciones "porque *tenía miedo* de los que eran de la circuncisión" (Gá 2:12-14). En un momento de descuido, su propia reputación entre los cristianos provenientes del judaísmo (aún no desnudados de muchos prejuicios), tuvo valor ante sus ojos.

»Hoy —prosiguió Reguant—, las cosas no han cambiado; todo lo contrario, se han acentuado más. Aunque, como dice 1 Co 1:26, no abunda el lustre social entre los hermanos, hay algunos, sin embargo, que según la carne representan algo. He tenido experiencias personales de hermanos dotados, y opino de estructura fiel, y que, sin embargo, la reputación o la estima que tenían de sus personas les impidió ser consecuentes con la luz que poseían. Es una lástima que esto suceda entre nosotros, cuando está claro que «Cristo no se agradó a sí mismo» (Ro 15:3). Hemos experimentado un poquito lo que es el vituperio *de dentro.* No me negaréis, hermanos, que es más doloroso, mucho más doloroso que el de fuera.

—Sí que es verdad, y esto nos conduce a identificarnos en alguna medida con los sufrimientos de Cristo. No es preciso aclarar que no me refiero a los sufrimientos expiatorios, pero sí, a causa de la justicia —remachó Graells—. ¡Ojalá que nuestras inconsecuencias juzgadas nos conduzcan a una mayor vigilancia y fidelidad! Por otra parte —aunque la hora

avanza y el tiempo aún cuenta para nosotros— no quisiera que nos despidiéramos sin considerar un fenómeno de carácter general del cual desde que empecé a viajar y visitar los hermanos me di cuenta por los acusados contrastes de que está matizado.

—No se preocupe el hermano por el tiempo. Yo creo, que por la gracia de Dios, lo estamos aprovechando. ¿Podríamos estar ocupados en mejor menester? Es una bendición el que en alguna medida tengamos la porción del Salmo 133. Yo avisé a mi esposa que tal vez volvería tarde, pues por lo que veo los hermanos han olvidado que mañana es día feriado en Vilargent y no hemos de acudir a las ocupaciones cotidianas —y al decir esto, Roura esbozó una sonrisa al darse cuenta de que los demás habían olvidado este extremo.

—Tanto mejor que sea así. Oiremos a Graells; pues es bien seguro que Dios nos dará por ello alguna instrucción de provecho —Reguant, al dar su beneplácito, manifestó una vez más el placer que le causaba el que sus hermanos en la fe fueran huéspedes asiduos de su casa.

—El tema —dijo Graells— es doloroso para mí, y más ahora que me doy cuenta de los resultados dañinos, perniciosos, contradictorios y poco edificantes. En un principio lo consideraba algo folklórico. Costumbre, idiosincrasia, tradiciones —por otra parte bastante comprensible— pensaba yo. Pero teniendo temor, hice partícipe de mis observaciones a algún hermano experimentado. Concordó que el carácter nacional, el medio ambiente y el aislamiento espiritual influían no poco en la dispar norma de conducta de los hermanos ante un problema común. Ya sabéis a qué me refiero. Aunque los medios de comunicación han llegado a ser tan cómodos para conocernos e intercambiarnos y aprovechar así esta coyuntura para edificarnos en el un solo cuerpo, por el un solo

Espíritu (Ef 4:4), para guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz y por medio de los dones dispensados por el Señor, tomar aumento de cuerpo edificándonos en amor (Ef 4:15-16), es bien cierto que actualmente se han relajado los sentimientos de responsabilidad tocante a la unidad del cuerpo. Existen hechos muy tristes que se han producido y persisten aún, a consecuencia, o bien de la independencia, o bien por falta de información, o por contradicción; y que, ni que decir tiene, por falta de comunión. Árboles semejantes no pueden producir otros frutos.

—Esto es muy serio, hermanos, muy serio y doloroso a la vez —dijo Roura—. ¿Estoy entendiendo que lo que se nombra a sí mismo *testimonio* está compuesto por una serie de congregaciones nacionales sin casi relación práctica entre sí?

—No creo que Graells quiera decir exactamente esto —intervino Reguant—, pero él está documentado y además presente y es quien debe esclarecernos. Dejémosle que prosiga.

—No diré que sea un hecho oficialmente consumado, pero el germen existe en la práctica. Tengo pruebas, y esto, unido a una desenfrenada voluntad de elementos dudosos del testimonio, pero que están dentro del cuerpo del mismo, agudizan la difícil situación de una verdad doctrinal que, como siempre, está fracasando en las manos del hombre.

«Nosotros no hemos aprendido así a Cristo» (Ef 4:20). Todas estas cosas son frutos de la carne y de la vieja naturaleza. Este hombre de *ojo simple;* sus motivos eran puros y no entendía ni de diplomacia, ni manejos políticos, ni de ningún *elemento humano* mezclado con los intereses de Cristo. Él sólo sabía que «la verdad está en Cristo Jesús» y que «Jesús es la verdad», y para un creyente así ni el sofisma, ni el profesionalismo, ni cualquier *artificio del error* tenían cabida

en su concepción del cristianismo. Para Roura la doctrina era fácil: El cristianismo es *todo* lo que se desprende de Cristo y *todo* lo que está genuinamente vinculado a Él.

—No creáis —prosiguió Graells— que los hermanos fieles estén conformes con este estado de cosas. Ellos luchan y la fuerza moral que se desprende de la fidelidad es un freno, pero a veces se ven desbordados. Un problema es neutralizado o resuelto y otro ocupa su lugar, y esto, unido al creciente mundanismo y al relajamiento de costumbres, gravita, como una losa de plomo, sobre los que realmente sienten la verdad del testimonio. Y no digo esto en son de crítica —el Señor lo sabe—, pero me permito este desahogo ante los hermanos, con la confianza de que al estar al corriente de estas cosas, seamos *todos* movidos al ejercicio de «no traspasar el término antiguo» (Pr 22:28) «ni aportillar el vallado» (Ec 10:8), y sobre todo a orar. Es nefasto que tome carta de naturaleza de clasificar a los hermanos por sus nacionalidades. Decir: los hermanos ingleses, alemanes, suizos, españoles, americanos, etc., no es conforme, porque ello lleva aparejado la aceptación tácita de unas diferencias y contrastes que dañan a las asambleas. Está probado que las diversas opiniones (que no concuerdan para bien en ningún caso, esto no es «la mente de Cristo») provienen entre otras cosas del carácter nacional, y esto es no haber terminado con el viejo hombre. Los hermanos tenemos una patria común, y si en esta tierra nos ha tocado vivir aquí o allá, nacer en este sitio o en el otro, no debe tener otra influencia que en lo superficial e intrascendente, pero nunca en lo básico. ¿Es qué las Escrituras tienen un significado distinto en cada país? Que seamos hermanos que peregrinamos en tal o cual país está bien, pero que seamos marchamados con el sello de una nacionalidad determinada, con todo lo que esto tiene de negativo, es colocarnos al

nivel y en el terreno de la historia profana, y venir a parar en una más de la multitud de instituciones religiosas que pueblan de confusión el dividido mundo cristiano.

—Nunca te había visto tan vehemente al hablar de dificultades —dijo Reguant, dirigiendo una preocupada mirada a su hermano.

—No soy vehemente, querido Juan; usted me conoce desde hace años, es que tengo miedo; sí, ahora yo también tengo miedo de las negras nubes que se ciernen sobre el testimonio. Existe un peligro real y ojalá los hermanos por doquier lo vieran, «porque los simples pasan y reciben el daño, mas el avisado prevé el mal, y se esconde» (Pr 22:3).

—Sí, tengo algún antecedente de estas cosas y está bien en señalar el peligro; pero tenemos un refugio seguro: *el santuario.* Allí ningún mal puede alcanzarnos. Además —era Reguant quien hablaba— Dios cuidará de los suyos —qué duda cabe—, y cuando todo parezca más perdido, Él tiene sus instrumentos; veamos el caso de Gedeón. Tengo confianza que aún existen «trescientos hombres que lamen el agua con la lengua como lame el perro». Ya sé que vivimos días sombríos, pero en este tiempo el corazón fiel tiene instrucción para conducirse según la mente de Dios. Tomemos como ejemplo la segunda epístola a Timoteo, ¿falta algo que no esté previsto de la parte de Dios? Es cierto que hemos llenado nuestra boca con la palabra «testimonio», mas yo quisiera saber exactamente ¿qué es lo que Dios piensa de esta posición tan reivindicada por los hermanos? ¿Responde a una realidad? Si los hechos deben responder, el panorama es desalentador. Como dijo un hermano, mientras peregrinaba entre nosotros: «Si fracasamos, Dios entregará el testimonio en otras manos». Pero aún me afirmo en la misma confianza: lo que es genuinamente de Cristo no fracasará. Siempre queda-

rán reliquias, un remanente, «una manada pequeña» que responda a los deseos del corazón del Señor. Unos poquitos que «alabarán y adorarán al Padre en Espíritu y en verdad».

—Cuando los promotores de la crisis dejen la máscara y tomen el carácter de apostasía posicional en toda su crudeza, los fieles hallarán la senda de la obediencia. Lo que el Espíritu puede suscitar en esta hora grave no lo sabemos, pero procuremos por nosotros y no perdamos ánimos. Directamente tenemos la responsabilidad del lugar en que se desarrollan nuestras actividades. Esforcémonos, «que no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza y de amor y de templanza» (2 Ti 1:7).

Así se despidieron aquella noche, animados en medio de la ruina «por el Dios de toda consolación»; sin hacerse grandes ilusiones, pero con la confianza de que poderoso es el Señor para guardar a los que con corazón sincero se allegan a Él.

Dieron gracias a Dios por medio de una fervorosa oración que les llenó de paz, y aquellas cuatro personas, tan dispares en su carácter natural pero tan vinculadas en los intereses de Cristo, eran un fiel testimonio en su medio ambiente, tanto social como cristiano.

¿Que casi no hemos oído a Lidia Serra? Es cierto. Pero os daré mi opinión sobre ella, porque estimo conocerla. Hermana dotada de una sensibilidad espiritual muy pronunciada, procuraba no traspasar jamás su medida. Las hermanas más jóvenes podían testificar que tenían una madre en ella: «una maestra de honestidad». Pero, cuando estaba entre hermanos, daba siempre lugar a los varones, y aunque estos encuentros, como el narrado, tenían lugar en su domicilio particular y no en el local de la asamblea, prefería guardar el carácter de subordinación que Dios, para la mujer, prescribe en la Palabra (1 Ti 2:12). Su valía estribaba en su acendrada virtud.

No somos nosotros quienes tenemos que juzgar el alcance espiritual de lo tratado por nuestros cuatro amigos; es Dios quien conoce lo profundo de los corazones, y Él galardonará justamente. Tampoco queremos decir que estuvieran exentos de flaquezas; pero aquí hablamos de su fe, que es lo que edifica. Y en este combate diario de la fe, pensamos que cada cual ocupaba el lugar que Dios había escogido para ellos.

¿Son personajes ficticios? ¿Es esto un relato ficticio? Puede que sí, … pero puede que no. Mas en cualquiera de ambas vertientes que miremos, no podrá negar el lector que fuera de desear que, o bien la ficción valiera una realidad, o bien que la realidad no fuera una ficción.

MÁS SOBRE EL POSTRER TIEMPO

Presentación

Allá por el año 1969, los lectores de la revista «Vida Cristiana» leyeron un trabajo titulado *El postrer tiempo* (Jud 18).
Se refería a unos cristianos que coloquiaban asiduamente en casa de uno de ellos: el domicilio de Reguant, «tienda de peregrino, sobria y honesta», para llorar, al igual que Jeremías, «por el oro oscurecido, por el buen oro demudado y por las piedras del santuario esparcidas por las encrucijadas de todas las calles» (Lm 4:1).

Estas personas simbólicas están todavía en su lugar. Vivirán en Vilargent —ciudad de su peregrinaje— tanto tiempo como dure la actual dispensación.
Han redimido el tiempo —como siempre— «ocupados en pías y santas conversaciones y alabando al Señor en sus corazones».

Han pasado siete años, y este número tiene todo un valor de intención simbólica, para lo que nos ocupa.

Se han perfeccionado en la fidelidad y en el conocimiento. La atmósfera celestial ha impregnado en ellos el carácter y la dignidad de «un sacerdocio santo». Ocupan, cual miem-

bros de la familia sacerdotal, su lugar en el Santuario, y ministran delante de Dios las excelencias y las perfecciones de Cristo, víctima y soberano Pontífice a la vez.

Sus coloquios fueron frecuentes y fructíferos, y un interés particular —sin duda obra del Espíritu— les guió a estudiar y meditar lo referente al final de esta economía, es decir, el tiempo de la gracia.

Tomando a los Judíos, los Gentiles, y a la Iglesia de Dios, (1 Co 10:32 nos expone una diferenciación imprescindible para entender los caminos de Dios en relación con las dispensaciones), meditaron sobre el libro del profeta Daniel, que les dio la visión del futuro de la historia de las naciones («del tiempo de los Gentiles»), y de la liberación de Israel. Tiempo lejano y profecía sellada en aquel entonces (Daniel 12:9 al final), pero hicieron énfasis en la lectura del capítulo 9, en donde relata la profecía de las setenta semanas. Esto nos conduce hasta Cristo, al lapso del tiempo de la gracia, y a la puesta en marcha del reloj profético: la última semana. También meditaron acerca del profeta Isaías: la descripción del reino, con su justicia, con su paz; con los felices resultados de ambas cosas. ¡Qué bendición para el Israel restaurado y reconciliado! ¡Qué gloria para Jerusalem, metrópoli del universo! ¡Qué salvación para las naciones que anden a la luz de ella, y, sobre todo, ¡qué Rey! (cap. 9:11, 32). También leyeron Ezequiel. ¡Qué maravilla de pueblo históricamente resucitado (léase la visión de los huesos secos en el cap. 37). Lo que hace apenas un siglo parecía un sueño, una quimera, es hoy, aunque parcialmente, sí consideramos el todo de la profecía, una venturosa realidad, que por otra parte abre la puerta al cumplimiento total de los propósitos de Dios, por la proyección gloriosa de lo que dibujan ante nuestros espíritus los últimos capítulos del libro de este mismo profeta.

Así un día y otro día, hilvanando las analogías, sacando como «el escriba docto en el reino de los cielos, cosas viejas y cosas nuevas de su tesoro», iban del Antiguo al Nuevo Testamento, pues «toda Escritura es inspirada de Dios, y útil para enseñar».

Tomando las parábolas en Mateo 13, aprendían lo relativo al carácter interior y exterior del reino con todas sus consecuencias: lo que Cristo ha hecho, y lo que el hombre ha hecho con lo que es de Cristo. ¡Qué contraste entre los versículos 44 y 45 con el 24 al 33! ¿Y Mateo 24? ¡Qué luz más nítida proyecta sobre las señales antes del fin, en relación con la vocación y la liberación de Israel! ¡Qué advertencias morales, entretanto esto llega! Los israelitas están ciegos todavía: «el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado, y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos, pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará», y entonces todo será claro para el residuo sufriente «del tiempo de la angustia de Jacob». Entonces los Salmos serán letra viva para ellos; letra de consuelo, de esperanza y de liberación.

Todo esto consideraban, recordaban y aprendían, acrecentando el caudal de riquezas con las cuales ornamentaban sus espíritus trabajados por el combate, afirmaban sus pies entre la difícil andadura del desierto y extendían sus almas más allá de la escena hostil de este mundo, plantando «el ancla dentro del velo donde Jesús entró como precursor por nosotros, hecho sacerdote para siempre».

Leyeron el Apocalipsis con reverencia y oración, confesando a cada instante de ignorancia, «Señor, tú lo sabes», y ayudados por el rico legado que dejaron ilustres hombres de

Dios en el siglo pasado en relación con este maravilloso libro, añadieron a su ciencia «más sobre las cosas que Juan había visto, más sobre las que son y más sobre las que han de ser después de éstas» (Ap 1:19).

El interés suscitado por el Espíritu en este tiempo del fin no era privativo en nuestros amigos. Por doquier el Señor ha levantado heraldos anunciando que todo esto «está a las puertas». Los obreros consagrados a esta tarea no se expresan siempre con uniformidad, y el lenguaje es tanto más superficial o profundo según sean las diversas clases de público a quien se dirigen, o para quien escriben. Pero esto —pienso yo— es conducido por el Espíritu, con el objeto de desvelar la masa adormecida que yace en el entramado de los sistemas humanos de la cristiandad profesante, en el primer supuesto, o para animar en la esperanza a los que velan en la expectativa de «la Estrella resplandeciente de la mañana».

Inmersos en el bien que habían recibido, conscientes de que «toda dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces», «esperaban de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera». Entretanto, su vida transcurría equilibrada entre dos vertientes benditas, y ambas provenían de un mismo pináculo de gloria y gracia.

Moradores del Santuario celestial, al cual tienen acceso y libertad de entrar todos los redimidos por la sangre de Jesucristo, y cuya descripción hallamos magistralmente expuesta en Hebreos 10:19 al 22, ello les confería la competencia de dirigirse a los hombres como embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios rogase por medio de ellos, decían: «reconciliaos con Dios». Feliz ocupación polarizada en un dual servicio: el sacerdocio para con Dios y el sacerdocio de Dios en favor de los hombres (1 P 2:5 y 9).

Coloquio primero

... La noche era fría, pero no obstaba para que Roura y Graells se encontraran en una encrucijada de calles y ambos prosiguieran hasta la cercana y acogedora casa de Reguant. Lidia —esposa de éste— cuidaba del fuego de la «llar» a tenor del frío que reinaba. En aquella rinconera sencilla, pero confortable y familiar, habían experimentado vivencias inefables en el dominio de las cosas eternas, y aquel día el inquieto Graells tenía en ejercicio una serie de consideraciones objetivas y bien perfiladas que deseaba presentar a sus hermanos en la fe; consideraciones de actualidad, delicadas, tal vez no muy entendidas y poco escudriñadas. En fin, con esta idea fija en su espíritu, apenas cruzaron palabra en el camino, salvo un afectuoso saludo al encontrarse, y en este estado llegaron a la casa donde el matrimonio Reguant les esperaba como de costumbre.

—Buenas noches, amados; como siempre, ¡bienvenidos! Veo que no os acobarda el frío. Traes cara ensimismada y distraída, o preocupada. ¿Pasa algo? —preguntó Reguant.

—No, no pasa nada. Es que estaba absorto en algo que llevo de tiempo ha en mi espíritu, y que esta noche deseaba considerar con todos vosotros. Que el Espíritu Santo nos dirija.

—Debe ser algo esencial y muy interesante —dijo Roura.

—A ver —terció Lidia a su vez—, dejadme preparar una

tisana y así el calorcillo de la «llar» no os adormecerá, pues, por lo que veo, Graells trae algo que invita a la atención sostenida.

—¡Oh ... son sólo unas ideas sobre una porción de la Palabra en Apocalipsis —se excusó Graells—. En ningún lugar fuera del marco de nuestra intimidad me atrevería a considerar este asunto. Lo presento con todas las reservas de mi parte. Es muy serio para mí y confío en el sostén del Señor y en la benevolencia de mis hermanos. Desearía ser ayudado en esto. Cuando se habla de esta escritura hallo una laguna. No en la escritura, sino en la interpretación. Por mi parte no puedo adelantarme a dar una respuesta o exponer un criterio definitivo en relación con este interrogante, es decir, interrogante para mí, pero es bien cierto que tengo un pensamiento, aunque tal vez un poco desdibujado. Exactamente se trata de los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis.

—¡Oh, el Apocalipsis! Siempre me he visto tan pequeño ante lo que presenta —intervino Roura—. ¡Cuántas veces lo había considerado un libro cerrado para mí! ¿Entenderlo? Esto era una tarea inasequible. Cuando los hermanos empezaron a considerarlo en las reuniones de estudio de la Palabra— y eso sucedió poco después de mi conversión, tuve una de las más felices experiencias que recuerdo. Aunque la medida de mi conocimiento en las cosas de Dios era tan débil, y aún lo es ahora, bien que la gracia de Dios y la guía del Espíritu Santo me han dirigido a abrir mis oídos y mi corazón, aquellas cosas nuevas, nuevas y ricas, causaron un impacto en mi alma que nunca olvidaré. Recuerdo, como si fuera hoy, la lectura y estudio de los capítulos 2 y 3. ¡Qué precioso y claro quedaba todo! Entonces comprendí el significado de lo que el apóstol Pablo escribe a los Corintios en su 1ª Carta en el capítulo 2: «Acomodando lo espiritual a lo espiritual». Al

paso del tiempo obtuve el favor de Dios de ser ayudado por el ministerio escrito. ¡Qué hombres más sabios ha suscitado Dios en favor de los corderos y las ovejas del rebaño de Cristo! Él sabe que precisamos de alimento para nutrir nuestras almas, ¡y a fe que nos lo ha prodigado según la medida de su insondable amor! Finalmente, en estos últimos tiempos, parece como si el Espíritu deseara suscitar un anhelo viviente; un anhelo vital en el corazón de aquellos que alaban al Señor, en aquellos que le alaban y le esperan, eso es; pues se trata de esa gloriosa expectativa; nada menos que eso. A tenor de esto que digo, aún están frescas en mi espíritu las semanas y semanas que hemos dedicado a leer, escudriñar, recordar y comentar con gozo y provecho —creo yo— tantas y tantas Escrituras que nos conducen a pensar en la venida del Señor y a los benditos resultados en favor de todos y distinguiendo el orden: Primero para la Asamblea, Esposa de Cristo, después para Israel: «porque los dones y la vocación de Dios no están sujetos a cambio de ánimo.» (Ro 11:29, V.M.), y finalmente para las naciones salvas.

»Además recuerdo que una no menguada porción de tiempo la dedicamos al sugestivo tema que en Apocalipsis 2 y 3 tenemos de «las cosas que son», según la división que presenta el capítulo 1:19 de todo el libro; y en estos dos capítulos tenemos proyectada la historia de la Iglesia y sus resultados en cuanto dejada a la responsabilidad del hombre; pues Cristo como Juez toma cuenta y escudriña todo. Consideramos el carácter que ha manifestado la Iglesia a través del tiempo, e incluso es de notar que en las cuatro últimas Iglesias nos es presentada la venida del Señor como vocación de los vencedores y como recompensa. Es decir, que aunque estas cuatro últimas Iglesias quedan claramente diferenciadas, y aún más, identificadas y cronológicamente (sin temor a errar

mucho) situadas en el tiempo de la historia, colateralmente permanecen hasta la venida del Señor, y sin duda aún más allá, pues su masa profesante, sin vida, quedará en la tierra después del arrebatamiento de los verdaderos creyentes. ¿No quedó todo claro y extensamente considerado? ¿No aceptamos lo que cada Iglesia representaba y los movimientos que el Espíritu suscitó y que tanta analogía guardan con el carácter de estas asambleas locales en su tiempo?

Podemos regocijarnos de que el bueno y humilde Roura se expresara así. Los siete años transcurridos no habían sido en vano. La medida de su conocimiento era patente. Conocía la Escritura de Hebreos 5:11 al 14 y él, desde un principio, se había propuesto tomar una posición a los pies del Maestro, no para ser un inmovilista, sino para progresar.

—Así pues —continuó—, tenemos una sana curiosidad, o mejor dicho, unos vehementes deseos de escucharte, al menos yo.

—Nosotros también tenemos no solamente deseos —terció Reguant con su esposa—, sino necesidad. Las cosas de Dios son serias; solemnes. Entremos, pues, en el tema propuesto por nuestro hermano, orando en primer lugar, pues sin la ayuda y la dirección del Espíritu nada podríamos. Correríamos el riesgo de ser conducidos por nuestros propios pensamientos, aunque éstos sean bienintencionados. Nosotros precisamos en éste, como en todo negocio, gobernarnos con la mente de Dios.

Reguant elevó pues «al Padre de las luces en quien no hay mudanza ni sombra de variación» la petición de una «dádiva» para sacar provecho de lo que Graells presentaba a los hermanos.

—Opino —dijo Graells empezando—, que no existen demasiados escritos en que uno pueda apoyarse para ser ayuda-

do en el estudio del libro del Apocalipsis. Comentarios, análisis, sinopsis, estudios, etc., existen bastantes, pero una exposición seria sobre el tema ya es otra cosa. En vez de traducir a nuestra lengua las excelentes obras que sobre este tema existen, debidas a la pluma de ilustres hombres de Dios, han sido dadas a la imprenta obras mediocres, plagios en su mayor parte, más o menos disfrazados, o relatos que por su ordenamiento y fantasía no merecen la pena ser leídos. Gracias a Dios tenemos ya una obra titulada *El Apocalipsis*. Está destinada a la ayuda del cristiano en la lectura de este libro de la Biblia. No es muy extensa, pero sí condensada y profunda, como todas las obras de este autor. Fue escrita por J. N. Darby (1800-1882).

»Pero a pesar de esta proliferación de obras no recomendables, sin interés, ni base, ni sustancia espiritual, ni rigor interpretativo, tenemos algunos trabajos que verdaderamente se recomiendan a la mente, al corazón y a la conciencia. Su autoridad consiste precisamente en esto: cuando se leen, tienen poder sobre estas tres condiciones interiores del hombre.

»Al hablaros así, lo hago porque tengo que hacer uso, recordando lo que muchas veces ya hemos leído y estudiado, ayudados por el ministerio de estos siervos de Dios.

»Refiriéndose a las siete Iglesias de los capítulos 2 y 3, hace ya más de un siglo, uno de ellos escribió: "Mientras que evidentemente estas cartas a las Iglesias son de aplicación universal para cada uno que tiene oídos para oír, y no se dirigen a la conciencia general de la Iglesia, sin embargo no tengo duda alguna de que las siete Iglesias representan la historia de la cristiandad; la historia de la Asamblea bajo la responsabilidad del hombre. Lo prueba el hecho de que el juicio sobre el mundo viene inmediatamente después de estas epísto-

las (siendo las Iglesias 'las cosas que son'), y también el carácter que presentan las mismas, empezando por el abandono del primer amor, terminando por la exhortación a 'retener lo que tienes', hasta la venida de Cristo, y después el rechazamiento final de la profesión. La elección del número siete, que no puede significar una cosa completa en un mismo instante dado, porque los estados descritos son diferentes; la alusión a la venida de Cristo, y la mención hecha de la gran tribulación en la carta a Filadelfia, tribulación que debe venir sobre la tierra; el objeto indicado con claridad en la advertencia a la Iglesia, es decir, la venida de Cristo, habiendo de ser el mundo de entonces la escena de los juicios: todo esto no deja duda alguna sobre el hecho de que las siete Iglesias representan las fases sucesivas de la historia de la Iglesia profesante, aunque no sean exactamente consecutivas; yendo la cuarta hasta el final, así como las otras tres que la siguen y que continúan de una manera colateral". (J. N. Darby.) Todo esto es tanto más sorprendente, así como todo lo que este amado siervo de Dios escribió tocante a las profecías en general y lo relativo al Apocalipsis en particular (lo cual fue mucho) por el hecho de que a pesar de la oposición qué halló entre los altos cargos de las Iglesias nacionales protestantes (había un andamiaje de escritos de interpretación profética que no resistían un examen serio), las almas consagradas al estudio de la Palabra, y cuya esperanza estaba y está en la venida del Señor para su Esposa, han aprovechado con bendición este rico ministerio que ha llenado directa o indirectamente de conocimiento a todo el mundo evangélico. Se conozcan o no los orígenes de sus profundos escritos, los creyentes que están al corriente, sea en parte, o ampliamente en lo relativo a las profecías, todos han bebido de este ministerio. Los expositores siguientes, han matizado, han sido usa-

dos para simplificar, para hacer énfasis sobre ciertos elementos de la profecía, etc., pero el núcleo de sus escritos tiene un origen indiscutible: el ministerio de J. N. Darby.

—Yo, ateniéndome a lo que conozco y generalizando, sin afirmar, o hacer uso de términos absolutos (pues no poseo un monopolio de información exhaustiva), pienso que también es así —confirmó Reguant.

—Hay otras estimaciones que siguen en su esquema, mas o menos esta línea, lo cual me gustaría añadir a lo acabado de exponer, a título de información, y después entrar en el fondo de lo que nos ocupa en estos momentos —prosiguió Graells—. Por ejemplo, H. L. Heijkoop, un hermano holandés, escribió una obra sustanciosa e interesante, por la gran cantidad de citas bíblicas que aporta, la cual ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos el castellano. Se titula: *El Porvenir — según las profecías de la Palabra de Dios.*

—¡Ah, sí, la conozco! La he leído dos o tres veces: me gusta mucho —terció Roura—. Si la memoria me es fiel, creo que este hermano estuvo en Vilargent poco después de conocer yo al Señor, y aún dio alguna conferencia.

—No, en Vilargent no estuvo, pero sí en otras localidades del país. Hace ya años; recuerdo muy bien —respondió Reguant—. Ahora debe ser ya un anciano por la edad. Esta obra tiene su interés en que clasifica los temas en relación con el porvenir. El sumario ya lo aclara. A mí lo que más me llamó la atención y estimo como un valor que resalta de forma positiva, sin minimizar al resto de todas formas, fueron los capítulos primero y segundo, es decir, la introducción a la investigación de las profecías, y el método de investigación. Están en su verdadero lugar y tienen valor aun sin el resto de la obra, pero callo. Sigue, sigue Graells; y perdona que te interrumpamos.

—Nada de interrumpir. Os doy las gracias. Está muy bien y esto me anima, pues veo que todo va cobrando interés para vosotros. Heijkoop, escribe así, —prosiguió Graells—: «En los capítulos 2 y 3 del libro del Apocalipsis, tenemos una descripción profética de la historia de la Iglesia. No como los hombres la ven y la juzgan, sino como la ve «el que tiene los ojos como llama de fuego». El mismo Señor Jesús. Más tarde hablaremos de esto con más detenimiento. A continuación da una breve reseña de esta historia, tipificada en estas siete Iglesias de Asia Menor, y finaliza diciendo: «Hemos recorrido la historia de la Iglesia tal como la contempla el Señor Jesucristo, y podemos notar que en estos postreros tiempos las cuatro últimas Iglesias permanecen aún:

»TIATIRA: La Iglesia Romana.

»SARDIS: Las Iglesias protestantes del Estado.

»FILADELFIA: El Residuo Débil.

»LAODICEA: La Cristiandad tibia en las Iglesias Libres y grupos fuera de las dos primeras.

»Tomando nuevamente el tema, esta vez con más extensión, dice: "Como vimos anteriormente, los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis nos dan una visión profética de la historia de la Iglesia. No de la Iglesia como cuerpo de Cristo, compuesto exclusivamente de convertidos, sino en cuanto a su responsabilidad como testimonio de Dios aquí en la tierra. Está representada bajo el símil de siete candeleros de oro, y no por un candelero de siete brazos, que se encontraba en el Tabernáculo. Aquí pues se acentúa la responsabilidad particular de cada Iglesia como portadora de luz.

La división del Apocalipsis es generalmente conocida, ya que la misma Palabra de Dios la indica en el cap. l:19.

a. Las cosas que has visto. (Cristo como Juez).

b. Las cosas que son.

c. Las cosas que han de ser después de éstas.

Según el capítulo 4:1, la tercera parte, «las cosas que han de ser después de éstas» comienza allí. Por consiguiente «las cosas que son» abarca los capítulos 2 y 3.

En el capítulo 4, vemos que los creyentes glorificados están en el cielo. No se trata, por lo tanto, solamente de fieles muertos, sino resucitados y glorificados, pues llevan ropas blancas y sobre sus cabezas hay coronas de oro.

Sabido es que no somos coronados al momento de haber muerto, sino después de la resurrección. En Apocalipsis 6:9 se establece una distinción en cuanto al grupo que se menciona, allí: «debajo del altar». Se trata de «almas».

De lo mencionado pues, resulta que en Apocalipsis 2 y 3 tenemos una descripción del estado de la Iglesia visible, desde la era apostólica hasta su recogimiento o rapto, exégesis confirmada por las siguientes consideraciones:

1.°— *Todo* el libro del Apocalipsis es profecía (1:3), y por consiguiente los capítulos 2 y 3 que nos ocupan.

2.°— Las cartas no debían enviarse por separado a las Iglesias, sino que la *totalidad* de ellas habían de enviarse a cada Iglesia (1:11). Además, al final de cada carta, se repite que «el que tiene oídos para oír, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias», y no lo que el Espíritu dice solamente a aquella Iglesia en particular.

3.°— El número siete es característico en el Apocalipsis. Nos habla, en efecto, de siete Iglesias, siete sellos, siete trompetas, siete copas, siete espíritus de Dios, etc. Sabido es, asimismo, que dicha cifra es símbolo de perfección espiritual y en particular de la perfección de las cosas divinas. Así en siete días Dios lo hizo todo, y «vio que era bueno» (Gn 1:31). Se trata pues en estos capítulos de la Iglesia en cuanto a su responsabilidad, considerada como obra de Dios.

4.°— Las siete cartas han sido visiblemente redactadas según un plan determinado, e indican un orden moral en el curso de la decadencia.

5.°— Notemos, por fin, que Dios da, en varios lugares de las Sagradas Escrituras, un compendio profético en siete imágenes o cuadros, sobre determinada dispensación como lo tenemos, por ejemplo, en Levítico capítulo 23 y Mateo capitulo 13."

»Antes de terminar lo que transcribo de este autor, deseo intercalar lo que el Sr. Darby dice, en relación con el número siete y otros —dijo Graells—, haciendo una pausa.

»En su estudio sobre el Apocalipsis, comentando el capítulo 13, hay un párrafo que dice lo siguiente: "La Bestia es el Imperio Romano original, pero grandemente modificado y bajo una nueva forma. En sus siete formas de gobierno o cabezas, existe la plenitud perfecta, pero se compone de diez reinos, lo cual indica, no lo dudo, la imperfección administrativa de su conjunto. Tiene diez cuernos; es incompleto. Siete marca la plenitud de un género más elevado. El Cordero tiene siete cuernos; la mujer doce estrellas sobre su cabeza. Siete indica la perfección en sí misma; doce la perfección administrativa en el hombre. Siete es el número primo más elevado; doce el más perfectamente divisible, compuesto de los mismos elementos, pero multiplicados unos por los otros y no reunidos por adición. Cuatro expresa la perfección en una cosa finita; tal un cuadrado, o mejor aún un cubo, el cual es perfectamente el mismo de todas maneras, pero tiene una extensión limitada."

—Encuentro muy interesante la descripción simbólica de los números —dijo Roura—. Los números tienen un lugar muy importante en la Palabra de Dios, y si conocemos su valor —valor espiritual e interpretativo— nos facilita mucho el

conocimiento del plan de Dios. Lo mismo del plan moral que del profético.

—Estoy de acuerdo y prosigo. Me perdonarán los hermanos que me extienda en este preámbulo, pero tal vez nos sirva de ayuda para lo que es de provecho.

—Nada, Graells. No tienes por qué excusarte. Opino que las cosas de Dios son serias. No hemos de tomarlas únicamente por el mero deseo de adquirir conocimientos, sino para ser impregnados por su sustancia profunda. Para ser formados en nuestra inteligencia, no por una sabiduría ortodoxa solamente, sino para ser involucrados por la acción del Espíritu Santo en las fibras más interiores y sensitivas del nuevo hombre. Todo ello en relación con la mente de Dios. Es por esto que precisamos de un orden; tomando las enseñanzas de un conjunto, y cuantos más elementos de apreciación poseamos, mejor. Si no podemos continuar hoy, terminaremos —Dios mediante— otro día. Me parece que merece la pena —concluyó Reguant.

—Sigamos pues, con lo que escribe Heijkoop: «Las siete cartas pueden dividirse en dos grupos. En las tres primeras se dice previamente "el que tiene oídos oiga", y a continuación viene la promesa "al que venciere". En cuanto a las cuatro cartas siguientes este orden es invertido. Es como si el Señor hubiera abandonado la esperanza de un regreso de toda la Iglesia a Él, esperando que sólo los vencedores oirán lo que el Espíritu dice a las Iglesias. En estas últimas cartas, el Señor habla también de su Venida, de modo que sabemos que tales estados permanecerán hasta la "Parusia" (Palabra que viene de una voz griega que significa: presencia, llegada y que en las Escrituras se refiere únicamente a la segunda Venida de Cristo). En cada carta, el Señor se presenta en relación con el estado de la Iglesia en cuestión».

»El resumen de las siete cartas es el siguiente: Daré solamente una pincelada cronológica o posicional de las cinco primeras para proseguir, breve, pero más extensamente con las dos últimas.

»Efeso "representa el principio de la historia de la Iglesia, o más exactamente un reflejo del período post-apostólico".

»En Esmirna "tenemos una clara alusión a las grandes persecuciones que azotaron la Iglesia durante el segundo y tercer siglo, iniciadas por los emperadores romanos".

»En Pérgamo "nos enfrentamos con una situación completamente distinta. La Iglesia no es ya 'extranjera y peregrina' aquí abajo, sino que tiene una residencia estable y ésta no se encuentra en el yermo o en la soledad, sino allí 'donde está la silla de Satanás'. Ha buscado sombra y cobijo en este mundo, donde radica el trono del príncipe y dios de este siglo. Esto es lo que vemos en el plan histórico. El emperador Constantino el Grande se declaró abiertamente partidario del cristianismo, que se transformó así en religión del Estado, pero fue ... a costa de su libertad".

»Tiatira, como hemos dicho anteriormente, tipifica la Iglesia Romana.

»Sardis, las Iglesias Protestantes del Estado, y finalmente tenemos a Filadelfia y Laodicea.

»La primera, Filadelfia, se caracteriza por dos cosas: (1) por haber guardado *la Palabra de Dios;* (2) no haber negado *el Nombre del Señor Jesús.* Estas son precisamente las características del poderoso impulso obrado por el Espíritu Santo después de las guerras napoleónicas, a principios del siglo pasado. A semejanza de la visión de Ezequiel, en muchos países, no sólo de Europa, sino también de otros continentes, el Espíritu de Dios vivificó montones de huesos secos (las almas descuidadas y somnolientas) que había en muchas Iglesias

protestantes del Estado, y llevó a una parte de ellas a salir de estas instituciones humanas para volver a la Palabra y al solo Nombre del Señor Jesús.

»Por cierto que no todos rompieron enteramente con las organizaciones y sistemas humanos, ya que no todos tenían igual medida de luz acerca de los pensamientos de Dios. Pero había ciertamente un afán de andar con la luz que uno poseía, según los principios divinos. ¡Qué enfervorizados se sienten nuestros corazones al pensar en aquellos hombres que se entregaron por completo al servicio de Dios, que sondearon la Palabra de Dios para recibir sabiduría, recorriendo después con fe inquebrantable, y con Él, el camino desconocido! Los pensamientos del Señor acerca de este movimiento lo tenemos en Apocalipsis capítulo 3:7-13. Filadelfia y Esmirna son las únicas cartas en las cuales no se encuentran cosas reprensibles. El Señor mismo se presenta a ellas dando a los vencedores las más preciosas promesas.

»Pero, como en todo, el hombre ha fracasado aquí también. Aunque Filadelfia quedará hasta la venida del Señor y entonces será recogida por El, *se trata aquí de un residuo pequeño y débil. La gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía. De Filadelfia ha nacido ... Laodicea».* Aquí el autor describe el triste cuadro de esta Iglesia, tal como ella pretende ser y tal como Cristo la ve. «Laodicea, es allí donde se ha apropiado la gracia y arrogado la posición de un cristiano; donde el lenguaje del cristiano es de uso corriente, y exteriormente la posición de la Iglesia está en orden; empero donde se encuentra todo esto sin ejercer influencia alguna sobre el alma. ¿No está descrito aquí nuestro estado presente, de manera conmovedora, aquella situación cuyos principios arrancan de Filadelfia? ... ¿No nos hemos acaso vuelto tibios y mundanos? La buena vida, mayores co-

modidades, la prosperidad material, ¿no nos han hecho miedosos de sufrir, y algo perezosos en lo que se refiere a las cosas del Señor?

»La presencia del Señor Jesucristo, el Testigo Fiel y Verdadero, ¿es todavía una realidad práctica en la vida de nuestra congregación o asamblea?

»¿Y cuál es la situación de los que profesan reunirse solamente en su Nombre y según su Palabra? ¿Lo hacemos esto de verdad? ¿Qué autoridad y hasta qué punto tiene, en verdad, Su Palabra para nosotros? ¿O tendrá el Señor que decirnos también: "He aquí estoy a la puerta y llamo"? ¡Hermanos, El busca la verdad en lo intimo del corazón y los meros formalismos no tienen ningún valor para El!

»¡Cuánta vergüenza nos ha de dar cuando consideramos lo que hemos hecho del testimonio que Dios nos ha confiado! Quiera el Señor darnos un espíritu quebrantado y un corazón contrito y humillado (Sal 51) para que nos sujetemos y con sinceridad confesemos nuestro pecado delante de El.»

—Ya veis cuán solemne es todo esto. En particular, dirijo vuestra atención a estos últimos párrafos.

»Así como la obra del Sr. Darby tiene por lo menos cien años, esta es, podríamos decir, de actualidad. No rebasa los treinta años. Está escrita después de la Segunda Guerra mundial; la traducción castellana vio luz hace aproximadamente veinte años.

»H. A. Ironside compaginó unas notas muy interesantes de unas conferencias que dio sobre el Apocalipsis. La edición castellana fue traducida en Buenos Aires por B. Montllau y familia. Es un extracto, no sé si más o menos extenso, pero suficiente para darse cuenta del esquema y la interpretación del autor. La traducción se remonta a 1935, y las conferencias originales datan de a partir del final de la Gran Guerra de 1914-1918, según

se desprende de su lectura. Es, pues, una obra intercalada, en el tiempo, entre las dos citadas anteriormente.

»De Filadelfia opina así: "Esto nos trae, sin duda, a lo que podemos llamar el periodo de avivamiento. Después de la Reforma hubo un tiempo cuando un formalismo frío y sin vida parecía prevalecer en todos los países protestantes, una era en la cual los hombres se contentaban simplemente con confesar un credo, y, como se ha dicho ya, suponían estar unidos a la Iglesia por el bautismo. Pero en los siglos XVIII y XIX vino una gran bendición sobre todos los países donde anteriormente había penetrado la Reforma. Dios volvió a obrar con poder. Hubo maravillosos despertamientos en el Norte de Europa y en las Islas Británicas. Medio siglo después, el mismo gran poder empezó a manifestarse en América. Siervos del Señor, llenos del Espíritu, *llamando a los pecadores a arrepentimiento, y a los creyentes, para que despertasen a sus privilegios,* sembraron la Palabra. Un poco más tarde, a principios del siglo pasado, Dios, de una manera especial, empezó a hacer comprender a muchos de su pueblo el valor de Su Palabra y su sola suficiencia como guía para los suyos en este mundo. Esto llevó al reconocimiento de que Cristo es el *centro* de reunión para su pueblo, y, por amor de su Nombre, miles se congregaron en simplicidad, buscando solamente ser guiados por la Palabra de Dios.

"No debemos entender que cualquier movimiento o asociación de creyentes es en sí Filadelfia. Pero así como Sardis nos presenta a las Iglesias nacionales de la Reforma, así también Filadelfia presenta a aquellos en el Protestantismo que dan énfasis a la autoridad de la Palabra de Dios y a lo precioso del Nombre de Cristo. Si una compañía de creyentes pretendiese ser Filadelfia, seria una pretensión detestable, y Dios ha desbaratado evidentemente tal presunción."

»El autor, que fue un cristiano conocido entre el pueblo de Dios, desarrolla la descripción de Filadelfia más ampliamente que en el caso de las otras Iglesias (tal como hizo en su tiempo el Sr. Darby y cual corresponde a una Iglesia aprobada por el Señor en estos tiempos del fin), y en términos generales usando un esquema bastante similar (no se puede pasar por menos), bien que con un estilo más simple, matizando algún versículo, por ejemplo 3:7, en un sentido no contradictorio, pero diferente, y eso lo hallamos a menudo a lo largo de la obra.

»Destaco el hecho del espacio dado a Filadelfia por considerarlo interesante. Filadelfia representa, lo que aun en debilidad, responde al corazón y a los propósitos de Dios. Esto es innegable. Siendo esta Iglesia, típica de una que en el tiempo llegaría hasta el fin, mejor dicho, hasta la venida del Señor, en el estudio de la misma conviene prestar destacada atención, pues *no existe otra en que, conjuntamente, se den los rasgos de un testimonio para estos días del fin.*

»De Laodicea dice "que completa esta serie septenaria y nos trae a la última condición de la Iglesia profesante en la tierra, el final de la presente dispensación.

El periodo de Efeso pasó hace mucho tiempo, y lo mismo es verdad de los períodos de Esmirna y Pérgamo. Tiatira, que como hemos visto, habla de la Iglesia de Roma, y empezó cuando el Papa fue reconocido como el Obispo universal, está todavía aquí y permanecerá hasta el fin. Sardis, que empezó siglos más tarde, permanece hasta ahora, y quedará hasta la venida del Señor. Filadelfia, a Dios gracias, también está aquí, y aunque tiene sólo un poco de potencia, permanecerá hasta la venida del Señor. Pero Laodicea está más y más en evidencia, y parece arrastrar todo lo que es de Dios".»

»Ahora no podemos comparar o cotejar estas opiniones variadas o afines, pero todo debe servirnos de ayuda, y es con

este propósito que lo presento a los hermanos; pero aún no he terminado —dijo Graells—: ¿Queréis que hagamos una pausa y lo dejemos para otra noche?

—Tal vez será mejor —dijo Reguant—. Esto nos dará la oportunidad de meditar y orar. Encuentro todo esto muy interesante y serio a la vez. No es preciso que apuremos el tiempo precipitadamente. Hagamos las cosas con calma y solemnidad en la presencia de Dios.

—Yo me quedaría aquí toda la noche. Me acuerdo que Pablo alargó el discurso hasta medianoche. Claro que él, había de irse al día siguiente y nosotros no nos movemos ordinariamente de aquí. Estoy de acuerdo, Reguant, hermano, estoy de acuerdo y además Lidia tiene que arreglar todo como siempre.

—Por favor, Roura —repuso Lidia—, no se preocupe. Vds. no dan trabajo. ¡Son tan bendecidos estos encuentros ...! Cuando más se necesita al Señor, Él responde. Pueden irse a descansar tranquilamente, y gracias por honrarnos con la visita.

Roura oró al Señor, con la simplicidad de un niño —como agrada a Dios— y con la inteligencia de un hombre en Cristo; en disposición espiritual para ser boca de sus hermanos, los cuales dijeron todos con solemnidad y respeto: Amén.

Concertaron otra noche, y salieron Roura y Graells despidiéndose del acogedor matrimonio. Bien abrigados, silenciosos, prosiguieron su camino embargados sus corazones en lo que había sido presentado. En la misma encrucijada, esta vez solitaria, en donde se encontraran, se despidieron.

—Que Dios te bendiga, Graells.

—Gracias, y a ti también. Buenas noches. —Y fueron cada cual a su casa.

* * *

En el paréntesis que nos ofrece el primer encuentro con el segundo concertado podemos darnos cuenta de que nuestros hermanos poseían y tenían de las cosas del Señor un concepto muy serio. En una palabra: el temor de Dios los gobernaba. No eran de los que llamaban al mal, bien, ni al bien, mal. Su situación en el testimonio no era dependiente de los hombres. La experiencia les había enseñado que el hombre que confía en el hombre o va tras el hombre está perdido (Jer 17:5). No solamente esto, sino que uno no puede estribar ni en su propia prudencia (Pr 3:5-7).

Como Pablo, estaban contentos y daban gracias a Dios por las almas salvas, fueran cuales fueran los medios o motivos que usaban los que predicaban o anunciaban el Evangelio (Fil 1:15-18), pero ellos no estaban dispuestos a usar *cualquier* medio, y menos aún a hacerlo por inconfesables motivaciones. No gozaban de muchas simpatías, ni tenían demasiado prestigio en el mundo «evangélico oficial», y menos aún entre los llamados «líderes», pero esto —aunque les daba pena— no les producía ningún cuidado. Si alguien sentía interés, o aun curiosidad, respondían y testificaban. ¿Quién sabe lo que puede producir una palabra «sazonada con sal»?

Y en este preludio de apostasía que se adivina, también «predicaban la palabra e instaban a tiempo y fuera de tiempo», sabiendo que se avecinaba la hora en que «apartarían de la verdad el oído y se volverían a las fábulas» (2 Ti 4:24).

Habían aprendido a esperarlo todo solamente de Dios. Los fracasos, habían sido excelentes maestros. «Las señales del azote son medicina contra el mal, y sus llagas llegan a lo más hondo del corazón» (Pr 20:30). Individualmente, habían experimentado Hebreos 12:5-13, y este compendio de ense-

ñanzas positivas en sus propias circunstancias les capacitaron para andar humillados ante Dios, y les enseñaron a no tener de sí otro concepto que el que tuvo Job al final de su propia experiencia. No hay duda de que conocían la cruz; el grande privilegio de la victoria del cristiano (Gá 6:14). Seguramente unos en una medida y otros en otra, pero la conocían. Y en esta medida (la medida de cada cual), «el mundo les era crucificado a ellos, y ellos al mundo».

En este tiempo, esto es tanto más interesante, por cuanto, generalizando, es bien extraño contemplar un cristianismo con vivencias positivas. No negaré que algunas hayan. Líbreme Dios de negar la gracia que convierte en triunfadores a pobres seres cual nosotros. Yo mismo he conocido a quien podía repetir con el apóstol: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gá 2:20); pero, desgraciadamente, no es el estado habitual del creyente en la hora actual.

El estado de tibieza es lo que entristecía a nuestros amigos. No eran perfectos, no es preciso repetirlo, pero tibios no, tibios tampoco lo eran. No es pues de extrañar que el sujeto de la meditación de Graells cobrara interés en el corazón de todos.

Coloquio segundo

—No puedo silenciar una obra extendida de incisiva actualidad —estaban nuevamente juntos y habiéndose encomendado a la dirección del divino Maestro, Graells proseguía en el punto que dejaron pendiente la noche en que se despidieron—. Bueno, no se trata de la obra en sí, sino de unos párrafos que estimo interesantes para lo que nos ocupa. Se trata de *La odisea del futuro*, del Sr. Lindsey.

—He leído este libro —dijo Reguant—: Ya sabéis que todo lo que se escribe sobre estos temas me interesa. Nos interesa a todos, y no solamente la profecía, sino todo lo demás. No hemos de adquirir conocimiento de unas cosas en detrimento de otras. Estimo que el equilibrio debe gobernarnos, pero las circunstancias, estados, situaciones, hechos, etc., requieren en su momento dar mayor relieve a unas cosas que a otras, y esto a tenor de nuestras necesidades. No es que debamos programar las cosas, pero existe un orden espiritual que nos conduce a realizar lo que agrada a Dios. Esto solamente puede ser producido por el Espíritu Santo: «El os guiará, El os recordará, El os enseñará». Esto deja de lado *cualquier otro magisterio.* Seguramente estos días están caracterizados por el fin de una dispensación. Fuera de desear que los afectos de los santos —afectos muchas veces adormecidos o descuidados— se volvieran en dirección a la persona del Señor Jesús y a su Venida: «Este mismo Jesús que ha sido to-

mado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hch 1:11).

»El interés particular por lo que concierne al final de este tiempo de gracia, y la puesta en marcha del reloj profético, arranca del hecho bendito de que el Señor está para venir. Todo lo que rodea, precede o sigue a esta maravillosa realidad, es de un valor inefable para el corazón. Se trata más bien de los afectos que de la inteligencia. Prefiero saber que Él vendrá, más que cómo vendrá. Pero esto último también tiene un precio para mí. Como dice Darby: «Sea cual fuere la gloria de Aquel con quien estamos en relación, es lo que Él es para mí, la intimidad de mi relación con Él, lo que me viene al corazón cuando su gloria es proclamada. Si un general victorioso pasea en triunfo a través de una ciudad, el sentimiento de su hijo o de su esposa será: es mi padre, es mi esposo.

»La redacción de este libro entiendo que toma otra dirección, bien que no descuida tampoco este hecho bendito, y está situado ante el lector que sea, como presentando unas perspectivas para el futuro nada halagüeñas; barriendo todo optimismo que los hombres puedan edificar por medio de sus enfermas imaginaciones o por los deseos de sus tornadizos corazones. Este sistema puede parecer poco persuasivo o poco convincente, pero en esto tengo mi opinión bien definida. El estado general, el estado de ánimo, de mente y de vivencia en los días que peregrinamos, no está precisamente caracterizado por una predisposición a la reflexión, al temor santo o a la meditación seria. Antes bien, una ola de subversión, de contestación, de tibieza, de fría indiferencia y de irresponsabilidad gobierna todas las esferas sociales, según el caso, y también al individuo.

»Sólo un violento revulsivo que opere directamente en las conciencias puede poner en marcha el organismo atrofiado

del hombre interior Y esto creo que es lo que se propone el auto de la *Odisea del Futuro.* Libro dirigido a la masas frívolas de la cristiandad profesante, a las masas muertas espiritualmente que yacen en la indiferencia y que corren —si no despiertan— el peligro de ser sorprendidas como por un ladrón en la noche. Un aviso también para los incrédulos y para los burladores.

»Dios determina o permite que el hombre se gobierne por su libertad e independencia. ¿Cuáles son los resultados? Las fuerzas que le han sido dadas (aunque él crea que proceden de sí mismo: ignorante y culpable pretensión), pueden servir un día para la destrucción de la frágil criatura y de todo el sistema que ha edificado. Su quimera de control, dominio y gloria que reivindica (soberbia al fin), se deshará como el polvo que constituye su propia y vergonzosa envoltura. Este es el fin del hombre, tal como lo vemos. ¿Y después qué? «Está establecido que los hombres mueran una vez y después el juicio». Esta escena futura que no puede desvirtuar ni el más refinado racionalismo, ni la más grosera incredulidad, pues Dios lo ha determinado así, como Juez justo que es, cerrará definitiva y eternamente, la suerte de los insensatos que edificaron su casa en la arena, y de los que habiendo tenido oídos para oír, no oyeron.

»El esquema profético de esta obra me parece correcto. En cambio la explicación del esquema no puede satisfacer demasiado a creyentes seriamente identificados con el quehacer profético, ni puede aportarles elementos de rigor interpretativo, pero siempre permanece lo que hay de positivo. De todas maneras, como el autor confiesa, su libro no pretende desplazar a los buenos comentarios que él conoce y posee en su biblioteca. Me hubiese gustado que diese el nombre de sus autores.

»Repito, pero, que en este tiempo, y para un numeroso y determinado público, este libro puede ser útil. Que Dios lo bendiga, así como todo lo que está escrito con esta finalidad.

»También he oído una conferencia por el mismo autor y sobre el mismo tema. Está, como el libro, condicionada al estado de sus oyentes, y por lo tanto me gustó, teniendo en cuenta esto. Por otra parte, en el Sr. Lindsey se trasluce claramente un creyente ortodoxo capacitado para desarrollar su servicio en el área que le es propia. Esto es de agradecer a Dios, en un tiempo sobrado de pretensiones y falto de realidades.

—Gracias, Reguant —dijo Graells. Hubiese hecho un pequeño resumen, pero te agradezco la intervención. Has analizado concisa y exactamente, y más explícitamente que yo no hubiera hecho, el andamiaje de esta obra. Me abstendré pues de hacerlo yo, pero deseo insertar un breve pasaje de la misma para constancia, ya que tiene interés para el estudio del tema que nos ocupa: «En estas siete Iglesias típicas, vemos las características predominantes de siete eras sucesivas en la historia de la Iglesia. Los aspectos proféticos nunca fueron comprendidos claramente hasta que gran parte de la historia se hubo desarrollado, pero ahora, cuando miramos hacia atrás, podemos ver extraordinarias similitudes entre las características de cada Iglesia del Apocalipsis y los diversos períodos de la historia de la Iglesia hasta el tiempo presente». Este párrafo lo encuentro muy positivo y explícito; solamente hallo la laguna que deja en blanco el hecho de que las cuatro últimas colateralmente llegan hasta el fin.

»El hermano Lindsey da unas fechas a cada una de las sucesiones históricas que corresponden más o menos a las fases que tipifican la marcha de la Iglesia responsable sobre la tierra. La fecha para Filadelfia es de 1750 a 1925. Esto da entra-

da al avivamiento de los tiempos de Wesley y Whitefield, tal vez como preámbulo "al clamor de media noche: He aquí el esposo viene; salid a recibirle" (Mt 25:6), y de otras doctrinas que siendo vitales en la era apostólica, yacieron en el olvido durante siglos, y que ni en la Reforma fueron recobradas. Lo digo a título informativo y no para objetar cualquier cosa. Ironside apunta también en esa dirección. Heijkoop parte de principios del siglo pasado, después de las guerras napoleónicas, y, por razones obvias, Darby no reivindica una fecha determinada en este caso particular.

»Laodicea tiene asignado el período 1900-Tribulación. Es de notar que tratándose de la Iglesia profesante su fin no es contemplado por el arrebatamiento, sino que queda aún en la tierra cuando la Iglesia del Señor es arrebatada.

»En relación con la profecía y su interpretación, no podemos pasar por alto la noticia, conocida de todos nosotros, pero olvidada a veces, de una obra escrita seguramente aún en el siglo XVIII y publicada en el XIX.

»En un trabajo aparecido en *Vida Cristiana* (1955) leemos lo siguiente: *La Venida del Mesías en Gloria y en Majestad.* "El título que antecede es el de una célebre obra, publicada a principios del pasado siglo XIX, cuya lectura encontró insospechados ecos en diversos sectores de la cristiandad. Muchos la consideran como 'El clamor de medianoche' que vino a sacar del letargo espiritual a miles de almas, recordándoles que el Mesías, Cristo Jesús, estaba acercándose a cada momento, preciosa verdad caída entonces en el olvido más completo.

»"Cosa extraña, su autor era un sacerdote jesuita de Sudamérica, poco influenciado, desde luego, por el espíritu de la Compañía. Llamábase Manuel Lacunza, nacido el 19 de julio de 1731 en Santiago de Chile, el cual ingresó a los dieciséis años en la Sociedad de Loyola. En 1767, expulsados

los jesuitas de los Estados españoles, marchó a Italia donde hizo vida solitaria. El 17 de junio de 1801 se le encontró muerto sobre la ribera del río que baña la ciudad de Imola.

»"Lacunza, que escribió su libro bajo el seudónimo hebraico de Juan Josafat Ben Ezra, dice que él se propone cuatro cosas:

»"1. Hacer conocer la adorable persona de Jesucristo.

»"2. Promover entre los eclesiásticos la afición al estudio de la Biblia.

»"3. Corregir la incredulidad.

»"4 . Consolar a los Judíos, sus hermanos según la carne.

»"'La Venida del Mesías en gloria y en majestad', fue publicada por primera vez, al parecer, en Cádiz, por F. Tolosa, en 1811. Al año siguiente estaba prohibida por la Inquisición, próxima a desaparecer. Desde esta fecha hasta 1826 tuvo nada menos que diez ediciones en España, Méjico, Estados Unidos, Italia, Francia y Gran Bretaña. Una traducción inglesa dio a luz (Ed. Irving 1827 en Londres 2 vol. en octavo)".

»A continuación hay unos extractos que no estimo útiles para el tema que nos ocupa, pero que sí lo son desde el punto de vista dispensacional y profético, y más teniendo en cuenta la fecha en que fue escrito. Lamento no poseer la obra. Hace muchos años leí amplios extractos en una revista evangélica española que apareció con anterioridad al 1936 y que se titulaba *El Evangelista.* Después he oído comentar su posible influencia sobre los siervos de Dios que en Inglaterra y a partir de 1830, tal vez, empezaron a escudriñar estos temas y otros, relativos a la Iglesia, siendo abundantemente bendecidos en la interpretación de las Sagradas Escrituras por la guía y la acción del Espíritu Santo.

»Es a partir de entonces —como dije en un principio—, que la profecía fue entendida inteligentemente por el pueblo

de Dios o, por mejor decir, por individuos que forman parte de este pueblo. No todos aprovecharon esta rica bendición que el Espíritu ponía al alcance de los santos. Los viejos esquemas de interpretación —que confundían más que esclarecían—, fueron defendidos por sus veladores, pero gracias a Dios lo que en aquel tiempo era del dominio de unos pocos ejercitados, por el ministerio de aquella generación y la otra subsiguiente, ha llegado hasta nosotros, alcanzando resonancia en más amplios círculos cristianos que en su origen, siendo a la par aceptado por muchos, y habiendo llevado a la luz a otros que se aferraban a interpretaciones que no resistían un elemental examen bíblico.

»Otra obra, no muy extensa, pero fecunda, también del siglo pasado, 1851, fue la compilación de ocho conferencias dadas en común por W. Trotter y T. Smith y que recibió el título de *Ocho lecturas sobre la Profecía.* Dada a la imprenta una traducción al castellano, no muy correcta, queda compensada por el valor de este libro, siempre de bendecida actualidad. Discurre ampliamente sobre el tema del «premilenarismo», en contraste con el entonces ampliamente difundido y aceptado «postmilenarismo», doctrina errónea que sitúa la Venida del Señor a por su Iglesia después del milenio, lo cual da lugar a situar los acontecimientos proféticos narrados en Apocalipsis cap. 4 al 19, y otras numerosas porciones de la Palabra, en las vivencias de la historia profana durante estos veinte últimos siglos: es decir, en el tiempo de la gracia. Esta doctrina aún se sostiene en el monolítico sistema tipificado por Tiatira, en el cuarteado de Sardis, y en algunas sectas provenientes de este último.

»A la luz de la Palabra, esta postura es insostenible, y esto ha dado lugar a que multitud de hermanos piadosos que estaban en el error —en la mayor parte de las veces por heren-

cia posicional—, hayan aceptado este bendito ministerio que sitúa a los hijos de Dios en el mismo plano de la feliz expectativa de "Arrebatados por el Esposo, vuelven con el Rey".

»En relación con esto, que de forma general entra en lo que comúnmente conocemos por la expresión de "dispensacionalismo" (doctrina bíblica relacionada con las diversas economías), no quiero pasar por alto que Charles Caldwell Ryrie, escritor evangélico contemporáneo, ha escrito un libro importante titulado *Dispensacionalismo hoy.* Ha escrito también otros libros, entre ellos un comentario del Apocalipsis, pero para lo que nos ocupa no trasladamos ningún párrafo del mismo, pues los pasajes relacionados con las siete iglesias son breves y apenas rozan el examen interpretativo.

»Pero, volviendo a "Dispensacionalismo hoy", debemos de opinar que el autor —según se desprende por esta obra—, a la par de su erudición tiene una fuerte dosis de sencillez y comedimiento, y como señala el introductor de la obra (que le conoce personalmente) "muestra su caballerosidad y sensibilidad", confirmando otro comentarista "que trata con franqueza y cortesía a los críticos del dispensacionalismo".

»He leído esta obra con interés, y soy de la opinión de que sí es cierto que trata cortésmente y hace gala de caballerosidad y franqueza con los opositores del dispensacionalismo. A mi modo de entender le falta algo de rotundidad (tal vez es la opinión de un latino frente al comportamiento anglosajón), toda vez que es un hombre convencido de lo que escribe y que conoce el pro y el contra de lo que existe escrito sobre tema tan interesante. Es una obra recomendable, en particular para los hermanos iniciados en estas disciplinas. Parte de su obra se refiere al Sr. Darby y a su incidencia en el dispensacionalismo. No diremos exactamente que se trate de una apología, pero sí que sitúa el ministerio de este honrado

siervo de Dios en una posición equilibrada y reivindicativa, haciendo una crítica justa y ponderada frente a los ataques irresponsables de que ha sido y aún es objeto.

»Obra traducida al castellano (y bien traducida), circula bajo el sello de la Editorial Portavoz, y, entre otros lugares, se halla en depósito en la Librería Evangélica, c/. Camèlias, 19, 08024 Barcelona, España.

»Pero existen aún otras obras altamente recomendables, debidas a la pluma de insignes hombres de Dios, que nos ayudan sobremanera en el estudio de las siete Iglesias del Apocalipsis, y en particular de las cuatro últimas. Por ejemplo: William Kelly (1821-1906), de quien un hermano ya con el Señor (Paul F. Regard), informaba que había sido un universitario y hebraísta reputado, autor de numerosas obras de primer orden sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, y redactor de una importante revista. Principal colaborador e íntimo amigo de John Nelson Darby (recopilador también de su vasta obra), éste decía de él que ningún otro hermano se había identificado tan profundamente y tan de cerca con su pensamiento como el Sr. Kelly.

»Una de sus obras importantes es el *Estudio sobre el Apocalipsis* (última edición revisada por el autor en 1901). El carácter que este hermano imprimía a sus escritos y la clarividencia y objetividad de sus deducciones espirituales, le dio una plaza de preeminencia entre los hermanos en el terreno del conocimiento y la interpretación de la Palabra. Al afirmar esto, no debemos de olvidar que aquel tiempo estuvo caracterizado por la existencia de hombres profundos y piadosos a la vez. Usando una figura retórica, podemos añadir que eran una raza de gigantes. Entre otros, me limitaré a decir cuatro palabras en relación con J. G. Bellet, que partió para estar con Cristo en 1864, autor, entre otras, de las trascendentes

obras *El Hijo de Dios* y *Los Patriarcas*. La primera de una exquisitez remarcable y de una profundidad que iba acompañada de todo el bagaje de la más pura sensibilidad espiritual, fue la propia de un hombre marcado por la humildad, la obediencia, la dependencia y la comunión con Dios.

»Sus escritos, que más bien parecían cantos (J. N. Darby, su amado hermano y amigo, decía de él que lo que hablaba y escribía era de una rara hermosura de lenguaje y de pensamiento, sin esfuerzo alguno, al correr de la pluma), todos sustanciosos y edificantes, sirvieron además para que fuera conocido como "el ruiseñor" entre los hermanos.

»Tomando nuevamente nuestro tema, opino que este libro del *Apocalipsis* es muy explícito y vasto, teniendo en cuenta de lo que se trata. Transcribiré de la versión francesa algunos textos, que se refieren también, como en el caso de los otros escritores citados, a las cuatro últimas iglesias del Apocalipsis, cap. 2 y 3.

»De Tiatira dice "que no puede dudar que esta carta contiene un esbozo exacto y también completo de lo que por medio de los hechos presentes en aquel entonces, identifican los tiempos de la Edad Media". De la Jezabel simbólica manifiesta que era un género de mal no conocido hasta entonces. No se trata simplemente del clericalismo, o de las personas que tienen la doctrina de Balaam, sino de un estado de cosas formalmente establecido, como por lo general lo representa siempre la mujer tomada en sentido simbólico. Es fácil cerciorarse de este interesante extremo si tomamos las Escrituras y las examinamos. El hombre es el agente, la fuerza activa; la mujer es el estado de cosas producido. Jezabel es pues el símbolo de lo que aquí convenía, como Balaam en la Iglesia precedente. La actividad estaba en el clero, el cual había establecido con el mundo los más ver-

gonzosos compromisos y había vendido el honor de Cristo por el oro, la plata, el bienestar y la dignidad terrena. De ahí había salido Jezabel. Tal era la condición tolerada durante la Edad Media en lo que llevaba el nombre de Cristo... "Pero digo a vosotros, a los demás que están en Tiatira (aquí aparece claramente el residuo 'vosotros', 'cualesquiera que no tienen esta doctrina', es a ellos, a este remanente a quien el Señor se dirige ahora". "Yo digo a vosotros, a los demás que están en Tiatira, cualesquiera que no tienen esta doctrina, y que no han conocido las profundidades de Satanás como dicen: Yo no enviaré sobre vosotros otra carga. Empero la que tenéis, tenedla hasta que venga". El Señor, sin esperar de ellos grandes cosas, habla con la más exquisita ternura de los que eran fieles a su Nombre. Estoy persuadido de que con ello se hace alusión a los que comúnmente son conocidos por los Valdenses y Albigenses, y puede ser de otros también que hayan tenido un carácter parecido. Eran sinceros y llenos de ardor para Cristo, pero con una pequeña medida de luz y conocimiento, si se les compara al testimonio más completo y más rico que el Señor ha suscitado más tarde, como nos muestra el capítulo siguiente.

»En Tiatira hallamos la representación mística del romanismo, pues sería difícil negar que Jezabel describe cuanto menos este carácter; mientras que "los otros", el residuo, representan a los que, sin ser protestantes, han formado parte y fuera del papado de un cuerpo de testigos, antes de la aparición del protestantismo histórico cuya descripción hallamos al principio del capítulo tercero.

»En los pasajes traducidos que se relacionan con el romanismo, el Sr. Kelly, apoyándose en la alusión hecha a la venida de Cristo, dice que la historia de este sistema irá hasta el fin.

»En Sardis contempla el protestantismo, y entra en amplias consideraciones acerca del mismo. Si fuera otro el carácter de estos coloquios, muy a gusto trasladaría sus edificantes e instructivas conclusiones, pero tengo que circunscribirme a poner de relieve solamente algunos de los pasajes más sobresalientes: "Nada es tan común entre los protestantes como que se admita una cosa perfectamente válida porque la tal se halla en la Biblia, sin que por eso tengan la menor intención de obrar en consecuencia. ¡Cuán serio es todo esto! Los católicos romanos, en general conocen muy poco las Escrituras para saber lo que contiene o no. Excepto los puntos comunes de controversia, ignoran casi todo de la Santa Palabra, e incluso se sorprenden cuando se les dice que esto o aquello se halla en sus páginas. (Seguramente en la actualidad, no podemos aplicar una opinión tan definitiva, pero, en términos generales, la cosa se mantiene más o menos como queda expresado). El protestante, en cambio, puede leer su Biblia sin el control de un confesor: (ahora los católicos también pueden leerla); esto es un favor real, un precioso privilegio, pero a causa de esto mismo, ¡cuán grande es su responsabilidad!"

»"El Señor advierte al ángel de la asamblea de Sardis, que si no vela, vendrá a él como un ladrón 'y no sabrás a qué hora vendré a ti', añade. No es así como se expresa el Señor cuando habla de venir a por los suyos. Para los que le esperan constantemente, su venida constituye un motivo de gozo. ¿Cómo podría sorprenderlos como un ladrón? No será así, puesto que ellos suspiran por su presencia más que un centinela por la luz de la mañana. La figura de un ladrón que se presenta inopinadamente, sólo puede convenir al mundo y a los que se han adherido a sus ideas. Esta solemne advertencia supone pues, que la asamblea de Sardis había cesado de esperar prácticamente al Señor como el objeto de su amor. Todo

indica que le temían como a un juez, y con razón. Han resbalado hacia el mundo y comparten sus temores y ansiedades. Han perdido el sentimiento de la paz profunda que Cristo ha dejado a los suyos y no se regocijan ya, pensando que Jesús viene, lleno de amor, a tomar a los que ama tierna y perfectamente para tenerlos para siempre, allí donde él está. Si gozasen de la dulce y santa esperanza que El da en su Palabra cuando dice: 'Vengo en breve'; no podría ser para ellos como un ladrón, cuya presencia inoportuna solamente produce turbación.

»"'El que venciere será vestido de vestiduras blancas'. Habían algunos en Sardis que no habían ensuciado sus vestidos, y debían andar con Él en vestiduras blancas, pues eran dignos. También hallamos aquí, como por doquier, algunas almas piadosas y preciosas para Cristo. Hemos de tener el gozo de ayudarles para que adquieran un más exacto conocimiento de la gracia del Señor; no precisamente atenuando el hecho de su posición o de su manera de obrar, sino con el más profundo amor hacia ellos siguiendo el ejemplo del Señor".

»"Ahora nos hallamos ante la asamblea de Filadelfia. 'Escribe al ángel de la asamblea de Filadelfia: estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre'. Cada una de estas palabras por las cuales Cristo se presenta difiere de lo que es dicho de Él en el capítulo primero. Esto es precisamente lo que caracteriza el capítulo tercero, y sobre todo la porción que nos ocupa en este momento. Hemos notado ya que el principio de la carta a Sardis, aunque aluda a la de Efeso, ofrece, no obstante, un evidente contraste con ella. Es como un segundo principio, y en esto sí existe una analogía con Efeso; de todas formas, el Señor es presentado bajo un aspecto nuevo. Cristo, teniendo los siete espíritus de Dios,

difiere enteramente de la descripción que nos ofrece de Él la carta a Efeso. En las cartas que siguen a ésta, no hallamos tampoco nada parecido. Se trata de un nuevo estado de cosas, Estado que aparece tanto más evidente cuando nos enfrentamos con Filadelfia. 'Estas cosas dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David'. Nada parecido a esto había sido dicho del Señor en el primer capítulo.

»"En el segundo capítulo, lo que es dicho del Señor es una repetición de lo que Juan había contemplado en su visión. La única excepción la hallamos en la epístola a Tiatira, en donde es designado el Hijo de Dios; pero Tiatira ofrece un estado de transición, tal como se ha hecho notar. Esta Iglesia es en su responsabilidad —pero sin poder real— un cuerpo eclesiástico que presenta cosas abominables a los ojos del Señor, a pesar de que en tal cuerpo exista un remanente apreciado por su corazón. Este estado continúa hasta el fin y conduce a la venida del Señor, lo cual no es el caso de las tres primeras iglesias. Las palabras que parecerían tener relación con lo que les es dicho, se refieren únicamente a los juicios del momento, mientras que en las cartas a Tiatira, Sardis y Filadelfia hallamos la mención explícita de la venida del Señor. Pero de todas formas es a Filadelfia a quien de manera remarcable es manifestada la persona del Señor y su gloria moral. Es el mismo Cristo; el Cristo que la fe descubre revestido de una nueva hermosura que no depende simplemente de las visiones de la gloria que antes habían sido vistas, sino de lo que es en sí mismo: 'el Santo y el Verdadero'.

»"'Mira que he puesto ante ti una puerta abierta que nadie puede cerrar, porque teniendo poco poder, guardaste sin embargo mi palabra' (V.M.). Obras poderosas como las que Sardis haya podido realizar, no son las que distinguen a los santos de Filadelfia. Nada hay entre ellos que suscite ni llame

la atención del mundo. Nada que excite la sorpresa, la estimación y la admiración de los hombres. ¿Estamos satisfechos de ocupar un lugar semejante? Tal es Filadelfia que anda tras los pasos de un Cristo rechazado. Todos sabemos cuán poco caso se hacía de Él en esta tierra; así es también en lo relativo a esta asamblea; ¿pero es que acaso esto no tiene un valor positivo a los ojos del Señor?" "Esto no es todo. Sabemos que un tiempo terrible debe venir sobre este mundo. La hora, como dice aquí, no es simplemente de tribulación, sino de tentación y de prueba. Pienso que la hora de la prueba abarca todo el período apocalíptico, es decir, que no se refiere únicamente a la época terrible cuando Satán arrojado del cielo desciende lleno de furor, y cuando la bestia, habiendo recibido de él su poderosa energía llega al cenit de su posición, sino también al período lleno de turbación, de seducción y de juicio que precede este acontecimiento.

»"La hora de la tentación, según opino, es un término que abarca mucho más que la gran tribulación de Apocalipsis 7, y aun más todavía que la tribulación sin igual que debe alcanzar al país de Israel (Daniel 12, Mateo 24 y Marcos 13). Si esto es así, ¡cuán completa es la preciosa promesa!: 'Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar a los que moran en la tierra'.

»"En vano los hombres intentarán escapar; la hora de la tentación vendrá para todos; les alcanzará aunque esperen sustraerse. Los únicos que escaparán, serán los que Cristo arrebatará. Notad bien que esto no quiere decir solamente que serán puestos en un seguro abrigo como el caso de Lot en Zoar, como algunos interpretan, sino que esto significa que los tales serán conducidos fuera de la esfera y de la escena de la prueba. 'He aquí vengo presto'. Aquí no viene como un

ladrón, sino que su venida es para el gozo y la felicidad de los que le esperan.

»"El Señor ha hecho revivir en los corazones la verdadera esperanza de su regreso. Los hay que esperan así, y es a ellos a quien esta carta es dirigida. 'Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona'. Aquel que vencerá, será revestido en el día de gloria, de un poder tan remarcable como ahora caracteriza la pequeñez en la cual goza hallarse en esta escena presente donde disfruta del despliegue de la gracia."

»De Laodicea opina que "el estado que es descrito es el resultado de haber odiado y menospreciado el testimonio precedente (Filadelfia) suscitado por el Señor. Si uno ignora y desdeña la verdad poseída por los que esperan al Señor, se halla en peligro de caer en la terrible condición que la Palabra sitúa ante nuestros ojos. Cristo cesa de ser el único objeto al cual el corazón se adhiere; deja de existir el sentimiento de la bendición relacionado con su venida y que conduce a la esperanza; aún se posee menos la vivencia de gloriarse en la flaqueza. Al contrario, se desea ser grande entre los hombres y ser tenidos en estima por los tales, de modo que se pueda decir. 'Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa'. Esto pone de manifiesto cuán importante lugar el hombre religioso se asigna a sí mismo.

»"Es por esto que el Señor se presenta como el Amén, el fin de toda esperanza en el hombre, hallándose la seguridad únicamente en la fidelidad de Dios. Solamente Él es "el testigo fiel y verdadero". Es lo que la Iglesia debía haber sido, y, al no serlo, el Señor ha optado por tomar esta posición. Es la que ya ocupaba, cuando lleno de gracia estaba en este mundo, y ahora debe tomarla de nuevo en poder, en gloria y en juicio. ¿Puede concebirse una nota de censura mayor y más solemne y que es infligida a la condición de los que debieran

ser sus testigos sobre la tierra? Además es también 'el principio de la creación de Dios'. Esto margina completamente al hombre, y la razón consiste en que Laodicea es la glorificación del hombre y de sus recursos en la Iglesia.

»"'Yo conozco tus obras, que ni eres frío, ni caliente. ¡Ojalá fueres frío, o caliente! Mas por que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca'. Son indiferentes, en principio y en práctica; su corazón está dividido; sólo la mitad es para Cristo. Estoy persuadido de que nada es más propio para engendrar la indiferencia que un sano temor de la verdad, cuando no existen el juicio de sí mismo y una piedad sincera. Tanto más se halla uno adelantado como portador del testimonio de Dios; tanto más habrá conocido o profesado conocer la gracia y la verdad de Dios, si el corazón y la conciencia no son gobernados y animados por el poder del Espíritu por medio de esta verdad y esta gracia que son en Cristo, más profundamente también, sea temprano o tarde, caerá en un estado de indiferencia, o tal vez de activa enemistad.

»"Se volverá indiferente a todo lo que es bueno, y si existe algún celo, será empleado para lo que es malo. Este es exactamente el estado de Laodicea. En relación con la promesa, el autor añade y finaliza: 'He aquí estoy a la puerta y llamo: Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo'. Aun en esta triste condición de ruina colectiva, el Señor se presenta lleno de gracia para responder a las necesidades de las almas. Pero en las palabras que finalizan la epístola no hallamos nada especial. No van más allá de la promesa de reinar con Él. Es decir, esto es lo que alcanzará cualquiera que tendrá parte en la primera resurrección, aun los judíos que en una u otra época sufrirán bajo el reino del Anticristo. Es un menosprecio el contemplar en esta promesa

una distinción particular. Quiere decir, en cambio, que después de todo, el Señor se mostrará fiel, a despecho de la infidelidad. Tal vez pueda hallarse una fe individual que sea real aún en el medio más miserablemente alejado de la fidelidad y de la consagración". Como queda indicado, esto es lo que escribió W. Kelly hace más de ochenta años.

»Ahora bien, en vista de todo lo expuesto, habríamos de distinguir —si es que hay que hacerlo— entre *hecho* o *posición*. O si hay que aceptar ambas interpretaciones y fundirlas en una sola: *hecho* (que es en este caso, suceso e historia en el tiempo), con *posición* o estado (en este caso de doctrina y de vivencia). Además, todo esto aplicado a asambleas locales, y por ende al conjunto de las mismas sobre el mismo terreno de comunión, es decir, en un Cuerpo universal. O bien al conjunto de individuos solamente, hállense donde se hallen, siendo conocidos como tales por el Señor únicamente.

Es indiscutible que las tres primeras Asambleas, en este aspecto, son las que no presentan ningún problema. Son estados, pero es historia. Y los estados y la historia sin fundirse, coexisten en cada caso. Pero a partir de la cuarta Iglesia, hasta la última inclusive, todos los entendidos siguen el camino que trazó el Sr. Darby. Colateralmente van hasta el fin, y sin embargo, históricamente, se suceden por el orden en que son presentadas, y también tipifican a la vez unas condiciones.

»Tiatira y Sardis, como instituciones confesionales, como cuerpos religiosos, son de fácil interpretación; Roma y el Protestantismo, mayormente en sus Iglesias nacionales. Por mi parte, pienso, que las llamadas Iglesias de Oriente (la Ortodoxa Griega y sus hermanas), hay que insertarlas en Tiatira. No se puede hacer abstracción o ignorar a este numeroso Cuerpo de profesión cristiana.

»Pero, ¿qué diremos de Filadelfia? Su origen, bien que con alguna variante (variante cronológica), todos lo identifican. Pero ¿y su estado actual? ¿En dónde se halla? ¿Quiénes son? Repetimos a Ironside: "Si una compañía de creyentes pretendiese ser Filadelfia, sería una pretensión detestable, *y Dios ha desbaratado evidentemente tal presunción*". Creo que en este último párrafo se refiere, veladamente, por delicadeza, a las numerosas divisiones y cismas sobrevenidos al Cuerpo que inició su andadura histórica allá por 1828 y que fueron conocidos en su origen por los "hermanos de Plymouth". Después, varias de sus ramas salidas del tronco común se denominan, discriminándose unos a otros, "el Testimonio". Esto ha sido un desastre y una vergüenza. Motivo de la más profunda humillación para nosotros. Heijkoop, en su obra *El Porvenir*, afirma: "La gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía. De Filadelfia ha nacido ... Laodicea", bien que también identifica a Laodicea "con la cristiandad tibia en las Iglesias libres y grupos fuera de Tiatira y Sardis". Esto para mí es difícil de entender. No digo de admitir, sino de entender.

»¿Por qué no somos humildemente sinceros y enfatizamos, aceptando la responsabilidad de nuestras afirmaciones y así los hermanos nos entenderán? O bien, ¿por qué no confesamos llanamente que hay lagunas interpretativas que imposibilitan, por el momento, una definición taxativa?

»En lo que poseemos, existe material inapreciable que puede ayudarnos a inquirir más diligentemente cada día. Hay rasgos de autoridad que se recomiendan a la inteligencia de los santos. Darby —el más antiguo de los comentaristas serios— escribe: Tiatira puede ir hasta el fin, pero no es lo que caracteriza el Testimonio de Dios hasta entonces. Otros *estados* deben ser introducidos con esta finalidad. «Sardis

empieza una nueva *fase* colateral en la historia de la Asamblea ... la Asamblea como tal es nombrada; se trata aún de su *historia*». Esto tiene mucha sustancia. *Estado; fase; historia.*

»Entiendo que Sardis es un hecho. Un hecho bien delimitado que históricamente continúa hasta el fin. Pero es también un carácter, pues su conducta no es análoga a la de Tiatira, y esto la distingue.

»Ahora bien, Sardis no es un grupo monolítico en su disciplina eclesiástica, ni tan siquiera doctrinal. Es una institución desnaturalizada por los hombres. Para entendernos, podemos decir que la Reforma fue la obra de Dios, pero el Protestantismo es lo que los hombres han hecho de aquella obra. Es una institución indefinida que en la unidad no tiene carácter visible. Estamos incluidos (o mejor dicho, nos incluyen) a todos los que confesamos a Cristo y que no pertenecemos a las masas confesionales de Roma o de la Iglesia Ortodoxa Oriental. Pero la realidad es otra. Aquí, el hecho histórico y la posición se diferencian claramente, aunque ambas subsisten a la vez. ¿Nos ayudará esto a comprender las posiciones, los estados, etc., que coexisten en las cuatro últimas Iglesias, todo y estableciendo una identificación de las mismas? Para los hijos de Dios que no han vivido las inquietudes proféticas esto es ininteligible, ya lo sé, pero también es cierto que ahora hay una sed diseminada por doquier, que aporta de la parte del Espíritu una respuesta a los redimidos en relación con los tiempos que se avecinan.

»Filadelfia se identifica como un estado generalmente salido del estado precedente: Sardis. (En mucha menor proporción, también de Tiatira). Es una posición que miles de creyentes de esa Iglesia tomaron de manera diferencial (guardar la Palabra y no negar el Nombre), y que sin disputa *caracterizaron* a un grupo —no masificado— pero sí ampliamente di-

luido como un testimonio de la verdad en medio de la muerte espiritual de la cristiandad profesante principalmente del mundo occidental. Después, la obra misionera lo extendió mundialmente. Este grupo se extendió en número y en bendición, y su carácter fue universal (cual corresponde a un testimonio), y tuvo su punto de partida histórico a principios del siglo pasado. El carácter de Filadelfia *era* bien manifiesto en su aspecto general.

»Darby, en su tiempo, describe los rasgos que definen la posición y el carácter de Filadelfia, bien que no la identifica con ningún grupo diferenciado en su tiempo. Es un silencio significativo y de delicada humildad: "El Señor era el Santo y el Verdadero; a ojos humanos tenía poca fuerza, guardaba la Palabra y vivía de toda palabra que provenía de la boca de Dios; esperaba pacientemente en Jehová, y es a Él que el portero abría. Vivía en los últimos tiempos de una dispensación; el Santo y el Verdadero era rechazado, y a ojos de los hombres no se veía ningún resultado de su trabajo entre los que se decían Judíos y no lo eran, sino que la Escritura los nombra sinagoga de Satán. En Filadelfia es lo mismo con los santos: andan en un medio parecido al que Cristo se encontraba; guardan Su palabra, tienen poca fuerza, no son distinguidos, como Pablo por ejemplo, por la energía del Espíritu, pero no niegan Su Nombre. Este es el carácter y el móvil de su conducta. Cristo es confesado abiertamente, la palabra es guardada, y el nombre no es negado. Esto parece poca cosa, pero en la decadencia universal, entre las muchas pretensiones eclesiásticas, cuando un gran número se extravían con los razonamientos humanos, guardar la palabra de Aquel que es el Santo y el Verdadero, y no negar su Nombre, es el todo". Esta posición se denominó también "el Testimonio". Este fue el origen, pero hemos transcrito anteriormente sus resultados.

»¿Qué queda de ello? Cuantitativamente, mucho más que entonces, pero ¿y lo que corresponde a la realidad? Ironside, veladamente, hace mención de la ruina espiritual de las divisiones, y Heijkoop afirma que la gran masa de Filadelfia no ha vencido y no ha guardado lo que tenía, y que de Filadelfia ha nacido Laodicea, bien que reconoce que Filadelfia quedará hasta la venida del Señor, y entonces será recogida por Él, pero que se trata aquí solamente de un residuo pequeño y débil. Yo pregunto: este Residuo, ¿dónde está? Es identificable, ¿sí o no?

»Unos hermanos argentinos y uruguayos que aunque *no son denominacionales* se autodesignan como "Iglesias Cristianas Evangélicas No-Denominacionales, Independientes y Fundamentalistas", se presentan como un núcleo aglutinador y lanzan una llamada mundial, en particular a las llamadas "Iglesias Independientes", habiéndose confederado con las I.F.C.A. (Iglesias Independientes y Fundamentales de América) U.S.A. y algunas otras diseminadas, para que el Señor en su Venida halle a "Filadelfia" velando. Reivindican una de tantas declaraciones de principios fundamentalistas, pero que no dice nada en su vertiente eclesiástica. Mucho entusiasmo y seguramente sinceridad y todo lo bueno que gozamos hallar en ellos. Que Dios los halle fieles, y haya entre ellos quienes posean el carácter de los vencedores de Filadelfia, es lo que desea el que esto escribe.

»Pasemos a Laodicea. La tibieza es lo que caracteriza el último *estado* de la profesión en la Asamblea, la cual ha llegado a un punto tal en relación con Cristo, que éste debe vomitarla de su boca. No es la simple falta de poder, sino la falta de corazón, el peor de todos los males. Esta amenaza es absoluta y no condicional. Supone que el rechazamiento es irremediable. Unida a la falta de corazón para Cristo y su servicio, vemos en Laodicea mucha pretensión a la posesión de recur-

sos y de capacidad en sí mismos. "Soy rica, dice, mientras que la realidad es que no tiene nada de Cristo. Es la Iglesia profesante diciéndose rica sin tener a Cristo como riqueza del alma por la fe". Esto escribe Darby.

»Ironside, dice que "Laodicea completa la serie septenaria y nos trae prácticamente a la última condición de la Iglesia profesante en la tierra, y que su forma de gobierno está caracterizada por la democracia, pues dice que la correspondiente a Laodicea es la era de la democratización, tanto en el mundo como en la Iglesia". Heijkoop, escribe que Laodicea es allí donde se ha apropiado la gracia y arrogado la posición de un cristiano; donde el lenguaje cristiano es corriente en su uso, y exteriormente la posición de la Iglesia está en orden; empero donde se encuentra todo esto sin ejercer influencia alguna sobre el alma. ¿No está descrito aquí *nuestro estado* presente de manera conmovedora; aquella situación cuyos principios arrancan de Filadelfia?". Ya ven los hermanos que esto tiene un carácter de denuncia para nosotros. "¿Cuál es la situación de los que profesan reunirse solamente en Su Nombre y según Su Palabra? ¿Lo hacemos esto de verdad?"

»Ahora bien, ¿se trata del estado general de la Iglesia de los últimos tiempos, es decir, de la Iglesia como un conjunto, o bien es característico también de un grupo determinado? Porque si las cuatro últimas Iglesias van colateralmente hasta el fin, y en todas hay vencedores y sin embargo el cuerpo profesante es juzgado, salvo en Filadelfia, en que no hallamos reprensión, *¿cómo podemos identificar un tiempo histórico que corresponda a cuatro estados a la vez, si éstos se suceden uno tras otro, y si cada cuerpo religioso tiene sus propias características y un juicio dictado a tenor de las mismas?*

»Desearía ser ayudado en esto. Mis preguntas no son formuladas en plan de duda, ni tampoco objetando algún des-

acuerdo. Tal vez todo está claro. Antes lo aceptaba todo —en relación con estos pasajes— sin entrar en cualquier análisis, pero ahora desearía ser esclarecido en esto que nos toca tan de cerca y nos afecta tan íntimamente.

—No seré yo quien trate, ni tan siquiera intente, aclararte nada de esto que has expuesto, querido Graells —dijo Roura—. Solamente debo decir que sigo esto con todo el interés, y no por mera curiosidad. Comprendo todos los interrogantes que el hermano plantea con su ejercicio y me gustaría ayudarle, pero ya me conocéis. Yo mismo necesito ser ayudado. Sugiero que oremos unos días sobre este asunto en particular y que meditemos bajo la dependencia del Espíritu. Dios nos bendecirá y nos guiará y también nos guardará, porque hemos de ser humildes. Todo esto es difícil. Si no «acomodamos lo espiritual a lo espiritual», no haremos progresos, y podemos desviarnos, y más tratándose de una cuestión profética. ¿Qué te parece, Juan? ¿no opinas así?

Juan Reguant, había escuchado, absorbiendo, por así decir, todo lo que Graells exponía. No le era difícil entrar en el ejercicio de su hermano. Familiarizados como estaban entre sí, se captaban las ideas, porque la comunión todo lo hacía fácil.

—Estoy de acuerdo con Roura, y es tarde ya. Conviene orar y meditar. Pediremos por todo esto; que Dios nos sea propicio. Si es Su voluntad, Él ordenará en nuestros espíritus la interpretación provechosa para la mente y el corazón.

Oraron con fervor, y después de desearse mutuamente la bendición del Señor en todo este negocio espiritual, acordaron una fecha, hecho lo cual Roura y Graells se despidieron, dejando a Lidia y a Juan Reguant, pensativos.

* * *

—Graells está documentado —dijo Lidia a su esposo—: y a mí me gusta mucho este tema, pero según me doy cuenta, pienso que él espera que tú le ayudes a ordenar su mente —con la ayuda del Señor— en relación con el tema de su ejercicio. La exposición de su preámbulo, podríamos llamarlo así, ha sido extensa, y lo que se ha dicho invita a la reflexión. ¿Retienes en la memoria todo lo que ha presentado? ¿Podrás satisfacer los deseos del hermano? Que el Señor te ayude, amado. Ya sabes que ellos suelen confiar en tus juicios, pero te ruego, Juan, que oremos mucho antes de responder. Que sea el divino Maestro quien nos enseñe a todos. Que seamos pequeños a nuestros propios ojos, y no vayamos más lejos de nuestra medida.

—Estoy de acuerdo, Lidia. Cada vez me doy más cuenta de que sin Él nada podemos. Pero su gracia me da confianza a esperar todo de Él. He interpretado claramente lo que el hermano piensa, aunque no retenga en mi memoria todas las palabras que ha dicho. Graells es tenaz. Lee mucho, y conoce el ministerio escrito de los hermanos. Tiene muy buen material en sus estanterías. Además, su mente es lúcida y su corazón desborda de amor para todos. Es un hombre liberado y por eso habla así; tiene verdadero temor de Dios, y éste es el secreto de lo mucho que ha adelantado. Es para mí un gozo tener semejante hermano y amigo. Su tónica no ha variado con el tiempo. Su fervor por Cristo es prioritario, y de ahí se desprende su conducta en favor de los demás. Su vida le confiere autoridad moral. Tiene un don de Dios. Cristo llena su vida y su corazón. Ya sabes como le amo y cómo he penetrado en la intimidad de sus sentimientos. Los años nos han unido cada vez más, bien que somos de tendencias naturales diferentes.

»Al verle solitario, en la vida del desierto, le he repetido e insinuado varias veces sobre la necesidad de buscarse una fiel

compañera. Siempre me responde lo mismo. "Gracias, Juan. Veo tu solicitud y te lo agradezco, y más en un caso tan importante como éste. El fantasma de la soledad tiene influencia sobre el corazón humano y en mi debilidad a veces he pensado en ello, pero el Señor suple y aún suplirá mi futuro terrenal. En otro aspecto, su don de gracia me basta. El apóstol Pablo decía: 'Quisiera más bien que todos los hombres fueran como yo'. Yo soy como él, en este sentido. ¿Por qué tengo que cuidarme de unas preocupaciones que embarazarían mi vida de soldado?". Tiene razón el bueno de Graells. Bendito él, que tiene un don que le permite consagrar toda su vida al servicio del Maestro. Tengo pues, un profundo respeto por sus ejercicios que sin duda obedecen a un deseo sincero. Supongo que te das cuenta que a todo lo que ha expuesto, no puede uno responderle con ligereza. Graells es un hermano dotado, y espero que esto aportará bendición para todos.

Coloquio tercero

Esta tercera vez —y con el espíritu a la expectativa de lo que el Señor fuera a enseñarles— se hallaban nuevamente juntos.

Después de la oración, permanecieron silenciosos. Tenían conciencia de la solemnidad de las cosas de Dios, y meditaban.

Graells levantó la cabeza y dirigió una mirada a todos, y finalmente con plácida serenidad se dirigió a Reguant:

—Queridos hermanos, ahora soy yo quien desea oíros. Hemos hecho una pausa que ha dado lugar a la oración, al estudio y a la meditación. Espero que el Espíritu tiene algo que mostrarnos sobre esta porción de la palabra de Dios en que hemos meditado.

—Soy consciente —respondió Reguant—, de que pides una respuesta de mi parte. La daré. Pero es solamente a título de opinión personal. No adelanto ningún juicio definitivo, ni como poseyendo alguna autoridad en mis expresiones. Si unos hombres estudiosos y consagrados, parece ser que no han llegado a salvar ciertas lagunas (no juzgo; es una simple expresión), ¿qué podría hacer yo, cuando tantas gracias he de dar a Dios por haber sido ayudado por los escritos de estos siervos del Señor, en especial los del siglo pasado? Ahora bien, por medio de ese bendecido ministerio, situándonos en la hora presente, y con la Biblia abierta a nuestra mente y a

nuestro corazón, bien podemos confiarnos a la bondad de Dios para ser enseñados de Él.

»No intento responder punto por punto a todos los interrogantes que Graells presentó, ni entrar en todas las consideraciones, documentales o personales que expuso. Ahí quedaron ante nosotros, como el análisis objetivo de un tema, no por lo inesperado, menos interesante.

»De todo lo que está ante nuestros ojos, y de todo lo que tenemos noticia, debemos concluir que, como dice Ironside, no existe ningún grupo denominacional visible, en este momento, que pueda reivindicar para sí, el nombre o la posición de Filadelfia. ¿Hemos de deducir por esto que Filadelfia sólo es un estado y no un hecho en el tiempo? No. Creo que no hemos de deducir tal cosa. Filadelfia es un hecho histórico en su tiempo, y ahora es un estado allí donde se dan estas condiciones —es decir—, las del Santo y el Verdadero: Las de guardar la palabra de Dios y no negar su Nombre.

»¿Quiénes son? ¿Dónde están? *El Señor conoce a los suyos y Él es quien puede identificar este remanente.*

»Procuremos peregrinar en este espíritu, sin reivindicar nada, y no caer por lo tanto en la soberbia e irresponsable pretensión de «ser ricos, de habernos enriquecido y no tener necesidad de ninguna cosa».

»Allí donde exista una asamblea local de creyentes que guardan la Palabra y no nieguen Su Nombre (con todo lo que esto implica), allí está representada Filadelfia. No tiene ningún valor —ni ninguna autoridad administrativa y sí una grave responsabilidad— el reivindicar una comunión «oficial» de carácter universal, como siendo poseedores de una ortodoxia doctrinal y posicional, *si las condiciones y las vivencias de los que las profesan están marcadas por la esterilidad del corazón* y el amor al mundo. Esto no es Filadelfia; esto es Laodicea.

»Es innegable, creo yo, que estos estados y lo que representan en la historia, coexisten a los ojos del Señor, bien que nosotros podríamos equivocarnos si pretendiéramos identificarlos como un grupo confesional determinado, sea exclusivo, o bien confederado.

»Repito, pero, que esto no excluye la responsabilidad que tenemos en manifestar el carácter positivo de Filadelfia, tanto más cuanto tenemos el privilegio de conocer alguna cosa.

»Hay vencedores en los cuatro estados que coexisten en este tiempo de nuestra historia; y esto no tiene contradicción. Basta leer los finales de las cartas a las Iglesias. Si Dios se lo propusiera, Él puede todo. Podría, por la poderosa acción del Espíritu, preparar a su pueblo *uniformemente y de manera a ser distinguido* para recibir al Señor (y esto se creyó por un tiempo), pero parece ser que un estudio serio de la Palabra no avala esta idea. De todas las Iglesias que colateralmente van hasta el fin y que coexisten históricamente en estos días (las cuatro últimas), la suma de los vencedores en estos días es la Esposa de Cristo, conjuntamente con todos los creyentes que nos precedieron. Bien es cierto, no obstante, que sólo Filadelfia, en tanto que Iglesia distinguida de las otras, está marcada con el carácter de un *testimonio colectivo,* y esto es consolador. El Señor tiene pues, un Testimonio, en medio de la profesión. ¡Bendito sea su Nombre! Tiene un testimonio hasta su venida.

»Después la profesión sin vida proseguirá, y Babilonia corresponde a aquel sistema que amalgamará a todos aquellos que sin tener la vida de Dios en el alma, se descansaban en la militancia religiosa, sin pertenecer al cuerpo de Cristo. Al final el juicio de Dios les alcanzará, «por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos» (2 Ts 2:10). Esta es la consecuencia de la apostasía.

»No quiero guardar para mí un reciente trabajo aparecido en el "Messager Evangelique" debido a la pluma del hermano A. Gibert, y que después de la redacción de estas cuartillas apareció en el primer número del año 1977. Por creerlo de utilidad y muy ilustrativo en relación con el tema que nos ocupa, ofrezco la traducción del mismo a mis hermanos:

«AUN UNA PALABRA SOBRE FILADELFIA»

«"Es una interpretación generalmente reconocida, que los estados representados por las cuatro últimas asambleas de Apocalipsis caps. 2 y 3, aparecen sucesivamente y coexisten hasta la venida del Señor. Filadelfia será arrebatada antes de 'la hora de la prueba', mientras que Tiatira, Sardis y Laodicea continuarán profesando un cristianismo sin Cristo y sin vida, del cual Babilonia será la común y final expresión, que culminará en la destrucción de la misma por el juicio de Dios, consumado antes de la aparición del Señor en gloria.

»"Pero existe un punto que tal vez no se toma demasiado en cuenta: éste consiste en que Filadelfia es la única de las cuatro asambleas a la que el Espíritu se dirige como un *todo*. Aquí no se trata de 'los otros' como en Tiatira, ni de 'algunos' que como en Sardis no han ensuciado sus vestiduras, ni tampoco de 'alguno' oyendo como el Señor llama a la puerta como sucede en Laodicea.

»"Nadie duda que los fieles distinguidos de la masa en estas tres asambleas participarán en el arrebatamiento, así como también será el caso de los santos de épocas precedentes y pertenecientes a otras dispensaciones, pero es en Filadelfia y solamente en ella, que el Señor —que va a ve-

nir presto— ve a la Asamblea como tal sin hacer distinción de residuo alguno. Este era el caso de las tres primeras asambleas (que representan estados históricos cumplidos). La Iglesia era vista en su conjunto y exhortada globalmente, sea a arrepentirse (Efeso y Pérgamo), o a sufrir como en el caso de Esmirna. En Filadelfia, el Señor tiene ante sí al conjunto de los que salidos de Tiatira y de Sardis (habiendo salido esta última a su vez de Tiatira), quienes en la debilidad y el oprobio, no niegan su Nombre, guardan su Palabra y le esperan en medio de una apostasía que va madurando.

»"Tal era el caso con el residuo piadoso de Israel en otros tiempos (Lucas cap. 1 y 2). Solamente él conoce a todos: sea como individuos dispersados como cuerpos extraños en el seno de las múltiples denominaciones eclesiásticas, o bien reunidos por aquí y por allá apartados de la sinagoga de Satán. Así fue también en el Avivamiento, del cual únicamente Él sabe cuando o como ha operado el Espíritu para producir y extender sus bendecidos efectos. Así mismo continuará siendo todo hasta el arrebatamiento. Todos éstos forman una compañía cuyo conjunto es indiscernible para otros ojos que no sean los Suyos, asociados a Sí (y no al mundo) y de Quien también reciben promesas, ánimos y exhortación. Se dirige a ella como *Su asamblea*, de tal suerte que una agrupación que tomara para sí el nombre de Filadelfia no podría por menos que hallarse en contradicción con el estado filadelfiano. Esta pretensión sería la reivindicación tácita de poseer la fuerza, cuando uno de los caracteres fundamentales de Filadelfia es el tener poca fuerza. Por otra parte, todo cuerpo particular que se denomina Iglesia, fragmenta la unidad del único cuerpo de Cristo; pero los

principios de esta unidad permanecen, y toda reunión efectuada realmente en el Nombre del Señor es invitada a testificar en relación con esta singularidad que ya existe, pero que es en Cristo y solamente en Él, asegurada por su Espíritu y expresada en su Mesa. Si entendemos esto y nos lo apropiamos, sentiremos más profundamente el alcance de la promesa: 'Yo te guardaré de la hora de la prueba', así como de la advertencia que acompaña el 'vengo en breve': 'Retén lo que tienes para que nadie tome tu corona'. ¿Y no es acaso en el gozo más profundo del amor del Señor por su Asamblea, marcada por la debilidad en cuanto a sí misma, que se desarrollará este 'amor fraternal' inseparable de un testimonio filadelfiano? Esto es precisamente lo más opuesto a un espíritu sectario.

»"Laodicea, la cual aparece como la reacción de la cristiandad profesante frente al Avivamiento filadelfiano, añade al tradicionalismo de Tiatira y al de Sardis, el modernismo que deja a Cristo fuera de la puerta.

»"Filadelfia o Laodicea: ¿Qué es de nosotros?"

»Lo dicho y lo transcrito es todo lo que me sugiere el ejercicio de Graells y doy gracias a Dios por estas buenas veladas que hemos pasado considerando tema tan sugestivo.

—Yo también doy gracias a Dios —intervino Graells—. En pocas palabras, es difícil hallar una respuesta tan clara como ésta, después de tanto argumentar por mi parte ...

Y sin dar tiempo a proseguir, Roura, con su voz poco disciplinada, pero cálida, entonó en solitario este conocido cántico de esperanza, al que embargados y felices se unieron todos los demás:

Jesús en breve volverá
Y tomará Su pueblo a Sí
Del mundo, y El nos llevará
Al buen hogar del Padre allí
Para Su rostro contemplar,
Y Sus loores entonar.
En breve nos vendrá a buscar
Nos urge el tiempo redimir;
Cuidemos siempre de agradar
A Aquel que pronto ha de venir,
Mirando atentos el albor
Cual los que esperan al Señor.

En breve el tiempo pasará
¿Por qué esquivamos nuestra cruz?
Benignamente aliviará
Su peso el Salvador Jesús;
Y su divina bendición
Será cabal compensación.
¡En breve; ven, Señor Jesús!
La Esposa y el Espíritu
Exclaman, y en plena luz
Tu rostro han de ver, y Tú
Presencia en el celeste hogar
Por siempre en gloria disfrutar.

C. Sanz.